

Perón y el espejismo del Bloque latino

Loris Zanatta*

Introducción

Avanzaba implacable la Guerra Fría y humeaban todavía las ruinas provocadas por la otra guerra, la que acababa de terminar, cuando Juan Domingo Perón anunció al mundo su Tercera Posición: ni con los Estados Unidos ni con la Unión Soviética, ni capitalismo ni comunismo, ni individualismo ni colectivismo. Joven y bravucona, exuberante y caprichosa, la Argentina de Perón se apartaba del coro y desafiaba al nuevo orden mundial. Parecerá raro, si se observan las cosas con el conocimiento de lo que pasó; lo cierto es que en aquel mundo distorsionado, colmado de hambre y miseria, de luto y de miedo, la Argentina era una Meca, o lo parecía: poseía crédito y tierra, gozaba de paz y tenía alimentos, carne y trigo tan abundantes como para saciar el hambre del mundo, y contaba con inmensos espacios vacíos donde recibir masas de desheredados. Perón era el espejo de esa Argentina. Rescatado de la cárcel por la fuerza del pueblo, había podido limpiar la mancha fascista de su origen mediante el triunfo obtenido en elecciones limpias. Aislado por los Estados Unidos y vituperado por sus gobernantes, los había vencido y humillado. Saludable y sonriente, pleno de astucia y de elocuencia, Perón era la imagen misma del éxito, y de la jactanciosa arrogancia de un país al que se atribuía un gran destino. ¿Quién se hubiera atrevido a negarlo?

Esa Argentina de Perón, en suma, contaba. Lo demuestran los esfuerzos estadounidenses por apaciguar su hostilidad y por valerse del ego nacional, con la esperanza de hacer de ella un sólido pilar de la comunidad panamericana; lo confirman los reiterados ruegos vaticanos para que prodigara, en cantidad suficiente para apagar algunos incendios en la Europa asediada por el comunismo, los envíos de alimentos y los permisos de inmigración. Todos, y en todas partes, la trataban con tacto y con temor por sus sobrantes de trigo a buen precio. La España de Franco se aferró a ella, buscando permanecer a flote entre hambre y aislamiento; sus vecinos, a la vez que la detestaban por sus desmedidas ambiciones, la admiraban y la temían, sin dejar por ello de rendirle pleitesía, no fuera cosa que escatimara la llave de la

* Profesor de la Universidad de Bologna, Italia.

despensa. Aquella Argentina no llegaba a pesar tanto como Perón creía, pero sin duda hacía oír su voz en el corro.

Mucho es lo que se ha dicho y escrito sobre la Tercera Posición.¹ Ciertamente no fue entendida y aplicada del mismo modo por los diferentes «clanes» peronistas. Muchos militares apreciaron en ella, sobre todo, ese saborcito ideológico de la vocación argentina por la supremacía geopolítica en América latina. La poderosa CGT, la central obrera peronista, respaldándose en la orquesta de medios radiales e impresos cuyo director era Raúl Alejandro Apold, y también en el control que Eva Perón ejercía sobre sus cuadros, se valió de la Tercera Posición para exportar el peronismo a los obreros de todo el continente. Los industriales y aventureros que habían prosperado o engordado a la sombra de Perón celebraron en ella el sueño de independencia económica, capaz de reportarles protección y convenientes tratados internacionales que les aseguraran disponibilidad de materias primas y salidas comerciales. La Iglesia, en fin, tomó a la Tercera Posición como la sacrosanta reivindicación, por un lado, de la civilización católica en un mundo estrechado entre una potencia protestante y otra atea, y por otro, de la aspiración argentina a erigirse en guía del renacimiento católico en América latina.

Al mismo tiempo, bajo la abigarrada multiplicidad de actitudes del matizado universo peronista, revestido de invocaciones revolucionarias, la Tercera Posición venía a reverdecer los antiguos fastos de la excepcionalidad argentina; es decir, reproponía el viejo y sólido mito de una nación volcada a la supremacía, lanzada hacia el futuro, crisol de esperanzas, de progreso y juventud. El mito se nutría de la existencia de una población blanca y culta, de un rico e inmenso territorio, de las épicas hazañas de la frontera y la nueva civilización, construida donde poco antes reinaban el desierto y la barbarie. Pero sobre todo se alimentaba de las robustas raíces europeas de la Argentina, tan ricas en términos de sangre, capitales, patrimonio literario y sentimientos religiosos que hacían de ella un retazo de Europa confinado en lo más profundo de la América india, negra y mestiza; todo lo cual alimentaba su orgullo, y le trazaba la misión que debía emprender: ser ante todo el faro de un continente abrumado por la miseria y la ignorancia; y luego, a medida que las fuerzas demoníacas se iban enseñoreando de Europa en las trincheras de sus estúpidas

1. Los clásicos siguen siendo: C. Escudé, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina, 1942-1949*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires: 1983; M. Rapoport, C. Spiguel, *Estados Unidos y el peronismo: la política norteamericana en la Argentina, 1949-1955*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires: 1994; J. Paradiso, «Vicisitudes de una política exterior independiente», en J.C. Torre (ed.), *Nueva historia argentina*, tomo VIII, *Los años peronistas (1943-1955)*, Sudamericana, Buenos Aires: 2002, pp. 523-72. Más reciente: Glenn J. Dorn, *Peronists and New Dealers. US-Argentine rivalry and the Western Hemisphere (1946-1950)*, University Press of the South, New Orleans: 2005.

guerras, asumir la condición de heredera y regeneradora de la civilización europea en suelo americano. Pero en esa función, y tal como sucede toda vez que hay dos gallos en un solo gallinero, la excepcionalidad argentina estaba predestinada a chocar con la estadounidense, tan similar y a la vez tan opuesta. Lo confirmaba la Tercera Posición, con su terminante rechazo a la perspectiva de que la Argentina se subiera con armas y bagajes al tren del panamericanismo, conducido por el presidente Truman a través de los territorios de un continente del cual, hacia el término de la guerra, parecía que hasta la menor huella de influencia europea estaba destinada a convertirse en remoto recuerdo.

Tras esto hay que decir que la Tercera Posición fue el nombre –sin duda sugerente al alborear el mundo bipolar– con que el presidente Perón rebautizó una idea que ya había sido cara al coronel Perón, cuando todavía imperaba el régimen militar nacido de la revolución del 4 de junio de 1943. De hecho, era la proyección orgánica al escenario internacional de lo que constituía su mundo ideal, compartido con muchos de sus camaradas de armas y con muchos de sus compatriotas; un mundo ciertamente no inédito en el panorama de la época, pero al que él rebautizó con el pomposo nombre de *justicialismo*. Descarnadamente expuesto, el justicialismo era una suerte de tercera vía filosófica y política de clara matriz católica y antiliberal; un camino corporativo que se basaba en una concepción social organizacionista, tan alejada (y tan enemiga) de las democracias liberales como del comunismo soviético.² La Tercera Posición era el reflejo, la descendencia de todo eso: lo había sido durante la guerra, cuando el gobierno militar llegó al borde mismo del suicidio con tal de no resignar su neutralidad, y lo fue a continuación, cuando Perón hizo de ella el estandarte del rechazo argentino a las férreas y arbitrarias reglas de la Guerra Fría. Los militares la habían invocado en su sueño de desviar a la Argentina por la vía muerta de los «fascismos católicos», y Perón la confirmó al terminar la guerra, para mantener en alto la bandera de la excepcionalidad argentina, librarse de tener que elegir entre los dos bandos y esquivar la sombra estadounidense, que se proyectaba cada vez más amenazadora sobre los destinos de América latina. Es así que, por un lado, la Tercera Posición resultaba ser hija de la *terza via* del fascismo italiano, mientras que por otro constituía la prefiguración de las multiformes variantes de neutralismo que irían surgiendo de entre los pliegues de la Guerra Fría.

Hasta ahí, nada o casi nada había de nuevo. Empero, la Tercera Posición fue también un extraordinario termómetro del impacto ejercido por la guerra mundial y la Guerra Fría sobre los históricos vínculos de América latina con Europa. De hecho

2. Al respecto, remito a mi «Il populismo in America Latina. Il volto moderno di un immaginario antico», *Filosofia Politica*, XVIII(3); 2004: pp. 377-89.

fue, al menos en parte, el último intento, vago pero ambicioso, de crear contra viento y marea, contra la historia y la economía, contra la fuerza y la prudencia, una comunidad de naciones a caballo del Atlántico, entre Europa y América del Sur. Un proyecto nebuloso, claro, pero que fue perseguido con tenacidad y sin reparar en gastos: el sueño, o el ideal, de reunir bajo la guía política de la Argentina y la guía espiritual de la Santa Sede a la imaginaria comunidad de naciones católicas y latinas de América y de Europa. Como si la «nueva Argentina», modelo de cristianismo y de justicia social triunfante contra el espejismo comunista y contra el capitalismo salvaje, tuviera la misión de resucitar y mancomunar la Europa católica, asediada por el comunismo, con la América latina subyugada por el imperialismo, formando así un bloque nuevo, independiente de los dos ya existentes.

Al principio, mientras la alianza bélica de los Estados Unidos con la Unión Soviética no se había transformado todavía en abierto enfrentamiento entre ambos, la idea peronista de una «tercera vía» no parecía tan tirada de los pelos. Pero a medida que la trama bipolar del mundo se iba haciendo más nítida, e iba imponiendo otras reglas y otras tomas de partido, la añeja noción de «civilización» latina, cara a Perón y a su Tercera Posición, debió ceder el paso a una categoría nueva, más amplia y abarcadora en su diáfana simplicidad: el Occidente cristiano. El sueño de Perón empezó entonces a perder una tras otra las piezas que lo componían. La primera y principal pérdida fue la defección de Europa donde, fuera por miedo o admiración, por reconocimiento, convicción o considerable peso de las deudas contraídas, todos se veían fatalmente atraídos a la órbita de Washington. Por otra parte hasta Perón, atrapado en aquel callejón sin salida, trató al fin de hallar el pasaje más digno posible a la capital del Imperio. Sólo que su camino estaba bloqueado, y no precisamente por el fastidio estadounidense hacia este hijo pródigo, que tímidamente procuraba unirse a los demás miembros de la familia panamericana, sino por el peaje que la Tercera Posición le exigía. ¿Cómo abandonarla sin traicionarse a sí mismo y traicionar a su pueblo, tan exhaustivamente aleccionado por las persuasivas sirenas del *justicialismo*?

La melancólica parábola de la Tercera Posición puede servir, al fin y al cabo, para medir hasta qué punto la guerra mundial y la Guerra Fría habían hecho más extenso el Atlántico Sur, a la vez que achicaban el Atlántico Norte; hasta qué punto habían impreso mayor celeridad al secular proceso de alejamiento latinoamericano de sus raíces europeas –ya notable hasta en sus núcleos más apartados y resistentes, como lo era la República Argentina–, a la vez que favorecían el acercamiento de Europa con los Estados Unidos. La Tercera Posición suscitó sin duda grandes esperanzas y avivó intensas pasiones, y no ha dejado de reaparecer desde entonces en América latina, en lugares y bajo formas distintos. Pero más que constituir la reanimación de un antiguo y perdido vínculo con el Viejo Mundo es un mero hábito del amplio y multifacético nacionalismo latinoamericano. Como tal, también ella

viene a servir de testimonio de la progresiva e inexorable «reamericanización» de la América latina.

1. Del suelo a las estrellas. La elección de Perón y la radiosa alborada de la Tercera Posición

Perón se las había visto negras en 1945, cuando su fulgurante carrera política pareció llegar bruscamente a su fin. A medida que las tropas aliadas cosechaban éxitos, y el hemisferio americano entero se alineaba –voluntariamente o por fuerza– detrás de Estados Unidos, también él se había visto obligado a arrojar lastre, ganándose la enemistad de los nacionalistas más obcecados. Al fin decidió declararle la guerra al Eje un instante antes de su capitulación, acción que bastó para que Washington desafiara a su aliado soviético, decidido a castigar a ese militar con pujos fascistas, imponiendo la admisión de la Argentina en las Naciones Unidas. Eso desde luego no significaba que en la Casa Blanca se resignaran a convivir con el odiado coronel. Querían su cabeza, y entre 1943 y 1946 hicieron cuanto pudieron por obtenerla, hasta que los militares argentinos, puestos entre la espada y la pared, debieron convocar a elecciones. Pero la ira de Washington parecía no conocer límites. ¿El gobierno militar boliviano imitaba simiescamente a su par argentino? Pues deberían transcurrir seis meses y producirse la purga de los ministros que se suponía en connivencia con Buenos Aires para que Estados Unidos le diera su reconocimiento.³ ¿Caía el fascismo en Italia, y la nación liberada se inclinaba ahora por Washington? Pues tendría que romper relaciones con la Argentina.⁴ ¿El gobierno del Perú buscaba trocar su petróleo por trigo argentino? Los Estados Unidos se ocupaban de poner palos en las ruedas de la negociación.⁵ ¿El Brasil se había comprometido con Buenos Aires a entregar neumáticos, imprescindibles para el transporte del trigo ya cosechado? Ni hablar, hizo saber el Departamento de Estado, dando motivo a la confidencia del presidente Getúlio Vargas de que el virus Braden (el ex embajador norteamericano que era la bestia negra de Perón) «está produciendo sus efectos».⁶ Y así por el estilo... Perón debía desaparecer, y por otra parte era

3. Cfr. mi artículo "Bolivia, Perón y la guerra fría, 1943-1954. Auge y declinación de la Tercera Posición", *Desarrollo Económico*, 177, abril-junio 2005, pp. 25-53.

4. Archivo del Ministero degli Affari Esteri italiano (en adelante, AMAEI), Memorandum for the Allied Control Commission, 15 de agosto de 1944.

5. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile (en adelante, AMREC), Lima a Santiago, 24 de noviembre de 1945.

6. Cfr. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina (en adelante, AMREA), Río de Janeiro a Buenos Aires, 18 de octubre de 1945.

evidente que los argentinos, puestos a elegir, esto es, a votar, optarían sin ninguna duda por la unidad panamericana, la amistad con Washington, el matrimonio con la democracia liberal. Perón, pues, las pasó negras, y su encarcelación en octubre de 1945 pareció marcar el momento de su descrédito, junto con el de su *tercera vía*.

Pero las cosas se dieron de otro modo, y la tortilla que Braden cocinaba empezó a despedir olor a quemado. Sucedió que una muchedumbre salió a pedir el regreso de Perón, y los militares, con tal de evitar una vergonzosa retirada del poder, lo acogieron de vuelta con alivio. No por eso se resignaron los Estados Unidos. Con la publicación del *Libro Azul* pensaron poder clavar a Perón en la cruz de su amistad con el Eje, pero el episodio resultó un torpe búmeran, y un apetitoso bocado para el coronel, que al incitar a la gente a elegir entre él y el diplomático yanqui se llevó a casa un estruendoso éxito electoral, y terminó por convertirse en un hueso atragantado en el garguero del presidente Truman. Perón había vuelto, pues, o mejor dicho no había alcanzado a irse en ningún momento. Gustara o no, había dejado de ser el patito feo prohijado por una dictadura para convertirse en presidente constitucional bendecido por todas las consagraciones requeridas. Fuerte como nunca antes, pleno de resentimiento y de entusiasmo, señor de un país con calles desbordantes de partidarios, graneros repletos y bóvedas bancarias colmadas de divisas en un mundo sujeto a penurias, Perón no tardó un momento en retomar los hilos de la revolución de junio, definir los lineamientos del *justicialismo* y bordar la trama de la Tercera Posición, a uno y otro lado del Atlántico. Armas tenía para ello, sobre todo en forma de trigo. La guerra había arrasado los campos y dejado vacíos los graneros; ¿cómo sorprenderse, entonces, de que los pedigüños formaran larguísimas colas ante las puertas de la Argentina? Y no se trataba sólo de hambre: la pesadilla de un alzamiento comunista, incubado en las colas para recibir pan racionado, poblaba los sueños de los gobiernos de Europa y América, desde Truman a Pío XII.⁷ El Pontífice ya había apelado a la generosidad argentina en 1945, y volvería a hacerlo después, sabiendo que podía contar con ella, a juzgar por el fervor con que Perón se erigía en apóstol de Cristo y baluarte de la civilización católica.⁸

No puede decirse que el gobierno argentino se mostrara mezquino, aunque su solícita atención aparecía algo sospechosa. Hubo quien se preguntó si la ayuda argentina no ocultaría un proyecto político, no sería sino una especie de gonzúa de la Tercera Posición. El primer grito de alarma partió de la prensa de habla inglesa.

7. Cfr. E. Di Nolfo, *Vaticano e Stati Uniti. 1939-1952. Dalle carte di Myron C. Taylor*. Franco Angeli, Milano: 1978.

8. AMREA, Santa Sede a Buenos Aires, 5 de diciembre de 1945; *L'Osservatore Romano*, 5 de abril de 1946; Arquivo do Ministério dos Negócios Estrangeiros do Portugal (en adelante, AMNEP), Roma a Lisboa, 5 de abril de 1946.

Así, a comienzos de 1946 ni el *Times* ni el *Daily Telegraph* se mostraron muy sutiles al escribir que la Argentina privilegiaba a España y Portugal porque tenía el propósito de formar un bloque latino.⁹ ¿Calumnias? Buenos Aires lo desmintió, desde luego, pero las acusaciones no cesaron sino que, por el contrario, fueron incrementándose con el tiempo. Por lo demás, no carecían de fundamento; y por farisaicas que fueran, lo cierto es que pesaban como piedras de molino: parecía un ejercicio de cinismo dar de comer a algunos hambrientos más que a otros. Además, teniendo en cuenta la trayectoria de Perón no faltaba quien creía descubrir en sus planes la resurrección de una Internacional Fascista.

Aunque entre desmentidas, el gobierno argentino privilegiaba realmente a los países ibéricos y sus dos devotos dictadores. Los diplomáticos portugueses destacados en la Argentina, conmovidos por las tiernas y admirativas palabras que Perón prodigaba a Oliveira Salazar, tenían plena conciencia de haber obtenido lo que a otros había sido negado. Atemorizados por el tono empleado por la prensa inglesa, hablaron del asunto con sus colegas españoles, que se mostraron decididos a no hacer caso de esas opiniones. En realidad, confió con mordacidad el embajador de Franco, España había obtenido aun más trigo de lo que se había hecho público; y por otra parte lo importante era justamente el valor político de tanta solicitud argentina.¹⁰ El uso político de las reservas de trigo en servicio de la Tercera Posición, aunque a la larga acabaría por convertirse en un arma mellada, fue largo y persistente.¹¹ Fue esgrimido respecto de Europa y también de los vecinos americanos, y no solamente de aquellos más pequeños y más fácilmente extorsionables,¹² sino también de los más grandes; por ejemplo, el Brasil que –dramáticamente falto de trigo– se encontraba prácticamente sin pan. La situación social, escribía en febrero de 1946 el embajador argentino en Río, se estaba volviendo explosiva, precisamente mientras la prensa local se extendía en alusiones a las reservas del «noble cereal» en los depósitos argentinos. ¿Por qué, pues, no ofrecerles trigo sin exigir gran cosa a cambio? Esa sería «una medida de alta política, y muy conveniente para la Argentina». Pueblo y gobierno brasileños pagarían el gesto con su cálido apoyo en las inminentes, y espinosas, cumbres hemisféricas.¹³ Pasaron pocos días, y el ministro

9. AMNEP, Buenos Aires a Lisboa, 23 de marzo de 1946.

10. AMNEP, Buenos Aires a Lisboa, 13 y 24 de marzo de 1946.

11. G.J. Dorn, "Perón's gambit: the United States and the Argentine challenge to the Inter-American order, 1946-1948". *Diplomatic History*. 2001; 26(1): pp. 1-20.

12. Muchos eran los que pensaban que la Argentina «intimidaba» a sus vecinos; Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú (en adelante, AMREP), Buenos Aires a Lima, 6 de marzo de 1947; véanse también los casos de Uruguay y Chile, en Arquivo do Ministério dos Negócios Estrangeiros do Brasil (en adelante, AMNEB), Buenos Aires a Río de Janeiro, 30 de setiembre de 1946.

13. AMREA, Río a Buenos Aires, 27 y 28 de febrero de 1946.

de Exteriores del Brasil transmitió su profundo agradecimiento por la decisión de Buenos Aires de enviar el trigo.¹⁴ Perón había hecho sus cálculos: ¿era imaginable un bloque latino sin la presencia de Brasil? ¿Estaría dispuesto Río a ayudar a romper el cerco que todavía circundaba a la Argentina? Sí, admitió el ministro brasileño, siempre que la cosa se hiciera con prudencia, de modo de no provocar las iras de Washington, un aliado tan caro y tan útil para el Brasil.¹⁵

Además de la carta del trigo, Perón y los suyos jugaron durante largo tiempo muchas otras, en diversos planos, a fin de componer el rompecabezas de la Tercera Posición. Italia y las Américas, España y el Vaticano: ninguna pieza fue olvidada. Italia por ejemplo, tan vinculada con la Argentina y a la cual Perón, con el caluroso apoyo del Papa, prestó cuantiosa ayuda, fue objeto de una audaz iniciativa diplomática, orientada por una parte a valorizar la idea de que la voz argentina contaba en la política mundial, y por otra a ganarse simpatías y reconocimiento en momentos en que todavía el orden mundial era fluido, y el futuro de la península aparecía bastante incierto. ¿Por qué excluir la posibilidad de que una eventual comunidad de países católicos y latinos atrajera a Italia a su seno? Es más: visto el desaliento italiano por los términos de paz que las Naciones Unidas les imponían, Perón lanzó una apelación a «todos los gobiernos latinos» de América, en la que los instaba a dirigirse a los Cuatro Grandes para pedirles que establecieran condiciones «justas y equitativas» para Italia, en demostración de «profundo fervor» hacia esa «madre espiritual».¹⁶

Desde luego, lo que era válido para Italia resultaba aún más aplicable al «centinela» de la cristiandad; a España, dominada con mano de hierro por Franco. Aunque más no fuera porque la Tercera Posición, en ciertos aspectos al menos, era hija o ahijada de España. A la concepción nacionalista y católica española debía en efecto la idea de *hispanidad*, hostil tanto a los «fétidos» vientos del liberalismo como a su «nefasta» descendencia socialista y comunista; la idea, en suma, de una civilización única e irreductible a ambos lados del Atlántico, cohesionada por la posesión de una historia, una lengua y unas costumbres comunes, e impregnada de savia católica.¹⁷ Los dos líderes y sus respectivos regímenes eran, además, afines. Por cierto, entre ellos había también diferencias enormes, destinadas a estallar un

14. Qué y cuánto pedir al Brasil a cambio del trigo fue durante mucho tiempo una fuente de tensión, entre los dos países y dentro del gobierno argentino; AMNEB, 10 y 20 de agosto de 1946.

15. AMREA, Río a Buenos Aires, 6 de marzo de 1946.

16. AMREC, Buenos Aires a Santiago, 24 de mayo de 1946; Perón obtuvo el reconocimiento del jefe del gobierno italiano, de Gasperi; cfr. Archivo Alcide De Gasperi, De Gasperi a Perón, sin fecha (*circa* julio de 1947).

17. Ramiro de Maeztu y Zacarías de Vizcarra, los dos mayores apóstoles de la hispanidad así entendida, tuvieron largas permanencias en la Argentina, donde dejaron una rica herencia intelectual; cfr. E. Zuleta Álvarez, «Maeztu en Buenos Aires», *Razón Española*, 83, mayo-junio 1997, pp. 319-25.

día; sin embargo compartían un nutrido álbum de familia, del que se mostraban orgullosos como militares y católicos, anticomunistas y antiliberales.¹⁸ Y si no bastara todo eso, aun había más. A ojos de Perón, España estaba padeciendo las mismas «vejaciones» que él había sufrido durante la guerra; las mismas presiones, los mismos insultos, las mismas humillaciones, propinadas tanto por los demoliberales como por Stalin. ¿Por qué, pues, esa España hambrienta y segregada, cuyo cadáver todos esperaban ver pasar, iba a rechazar el salvavidas que le arrojaba Perón? Un salvavidas repleto de trigo, naturalmente, y portador del espejismo de una comunidad de naciones católicas en la que la España de Franco encontraría su hábitat natural. No sorprende entonces que entre Perón y el Caudillo naciera un amable vínculo espiritual, un entendimiento que pronto comenzó a ser conocido en las cancillerías como el «pequeño Eje» Buenos Aires-Madrid. Se sabe hoy que un tan grande amor mutuo no perduró, pero en 1946, y durante un par de años más, Franco obtuvo mucho de Perón –alimentos, créditos, ayuda política y diplomática– a cambio, más que nada, de la adhesión española, en verdad llena de reservas mentales, al espejismo del bloque latino.

Pero entre los aspectos que constituían ese Eje entre la Argentina y España había uno que era más importante que cualquier otro para los destinos de la Tercera Posición. Ésta, proyección de la civilización católica, tenía casi tanta necesidad del *imprimatur* eclesiástico como del aire para respirar. Obtenerlo era difícil, porque la Iglesia era y sigue siendo múltiple e inabarcable, impenetrable y multifacética, y no puede decirse que las iglesias de España y la Argentina hablaran con Roma una sola y única lengua. No hay duda de que Franco y Perón cultivaban una idea de Estado católico sobre cuyas virtudes existían considerables dudas entre quienes ocupaban puestos puertas adentro del Vaticano, muy conscientes de la inoportunidad de atar a la Iglesia al carro de un régimen específico, por católico que fuera. Los dos líderes daban por segura la bendición de la Iglesia, en virtud de los servicios por ellos prestados a la sagrada causa. Y no paraba allí la cosa, porque contaban –en calidad de contrapartida razonable de su actitud de volver a colocar a Dios en el corazón de la vida pública– con que se les permitiera ejercer sin restricciones el antiguo derecho regalista del patronato, que al otorgarles en forma exclusiva la atribución de designar los obispos diocesanos resultaba indigesto para el Pontífice.¹⁹

18. Cfr. R. Rein, *La salvación de una dictadura: alianza Franco-Perón, 1946-1955*. CSIC, Madrid: 1995.

19. Sobre esta cuestión crucial ver, para los casos de España y la Argentina, P.M. de Santa Olalla, *De la victoria al Concordato, las relaciones Iglesia-Estado durante el primer franquismo (1939-1953)*, Laertes, Barcelona: 2003, y L. Zanatta, “La reforma faltante. Perón, la Iglesia y la Santa Sede en la reforma constitucional de 1949”; *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, 20, 1999, pp. 111-30.

Es sabido que no por ello la Iglesia se desligó de sus «deberes» para con Perón y Franco. Al contrario, contribuyó con gran celo a fortalecer los vínculos, y a alimentar la vaga idea de una comunidad católica de naciones devota de la Santa Sede. Los archivos están llenos de ejemplos en tal sentido, de sacerdotes convertidos en embajadores de la *hispanidad* y de religiosos investidos de delicadas misiones políticas, como José María Aguilar, fraile español que fue un ferviente apóstol del franquismo ante los bien dispuestos católicos argentinos, decididos a defender la causa de España en los foros católicos de América latina.²⁰ Algunos obispos argentinos estaban siempre prontos a desenvainar la espada de la *hispanidad*, o a distribuir palmetazos a los católicos que se mostraban tibios con Franco.²¹ El obispo y cardenal Antonio Caggiano, tan querido por Pío XII, tan buen estimador de Perón, fue invitado, atendido e instrumentado por el gobierno español, al que conmovió con un emocionado tributo a la España franquista, hecho público en una entrevista memorable.²²

Muy bien, pero ¿y la Santa Sede? ¿Aprobaba o reprochaba tanta agitación en nombre de la catolicidad? El Vaticano estaba dividido. Había elementos que lo impulsaban a simpatizar con los propósitos de la Tercera Posición, y otros que le aconsejaban desalentarla. Indudablemente Pío XII tenía una prioridad, explicada mil veces a quienquiera tuviera una entrevista con él: contener y combatir al comunismo, en el cual no dudaba que radicaba la mayor amenaza que jamás habían tenido que enfrentar la Iglesia y el cristianismo. A tal efecto, hacía tiempo ya que había comenzado a procurar colmar, de común acuerdo con Roosevelt y Truman, y con la eficaz ayuda del cardenal Spellman, el profundo foso que la historia había abierto entre la Iglesia de Roma y los Estados Unidos. ¿Cómo no ver, en efecto, que el mundo había cambiado, y que ahora la salvación de la cristiandad pasaba por Washington?²³

Claro está que el entendimiento con esa gran potencia protestante, patria de la libertad de cultos y de la democracia liberal, era para la Iglesia una revolución que sólo podía ser justificada por la presencia de un terrible enemigo común, y que no sería fácil hacer digerir a los católicos del resto del mundo.²⁴ La cosa se facilitar

20. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de España (en adelante, AMREE), Buenos Aires a Madrid, 21 y 28 de febrero de 1946; sobre el papel del clero en la diplomacia franquista, cfr. L. Delgado Gómez-Escalonilla, *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953*. CSIC, Madrid: 1988.

21. Cfr. la descomedida defensa de la «cruzada» española por monseñor Barrère, obispo de Tucumán, AMREE, Buenos Aires a Madrid, 3 de julio de 1946.

22. Fue concedida al diario *Ya* de Madrid, en abril de 1946; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 17 de enero de 1946; Madrid a Caracas, 2 de mayo de 1946.

23. Cfr. E. Di Nolfo, *Vaticano e Stati Uniti...*, cit.; J. Cooney, *The American pope: the life and times of Francis Cardinal Spellman*, Times Book, New York: 1984.

24. Cfr. D. Kirby (ed.), *Religion and the Cold War*, Palgrave Macmillan, New York: 2003.

un poco más en Europa, donde los norteamericanos habían desembarcado como libertadores, y el espectro del comunismo pesaba; en cambio, sería mucho menos fácil en América latina, donde para gran parte de la Iglesia los Estados Unidos eran los astutos imperialistas que sostenían las misiones protestantes, amenazaban la integridad católica del continente y eran merecedores plenos de las invectivas que en tantas cartas pastorales habían sido dirigidas contra ellos.²⁵ No sorprende pues que en América latina persistieran mejor que en Roma la ecuación entre catolicidad y latinidad y la desconfianza hacia los anglosajones; ni que el espíritu de la Tercera Posición se nutriera en abundancia de esas savias.²⁶ Con mayor razón si, entre las consecuencias de la pasada guerra, era evidente una muy característica de la época, y no precisamente irrelevante para los sueños de un bloque de naciones latinas y católicas: era evidente a ojos de todos el inédito peso que la Iglesia católica de Estados Unidos, con sus 25 millones de fieles y sus ingentes recursos humanos y económicos, asumía ahora en el concierto del catolicismo mundial.²⁷ Sin embargo, para buena parte del clero y de los gobiernos católicos en España, Argentina y los demás países de la América hispánica, esa influencia constituía una amenaza, y un motivo más para intentar la unión de los pueblos latinos. En América del Sur, observaba el ministerio español de Asuntos Exteriores, escaseaba el clero y sobraba la fe, lo cual implicaba el riesgo de que los católicos norteamericanos aprovecharan tal situación «para ejercer influencia sobre los países del Continente, con las consiguientes implicaciones de orden político».²⁸

En los Estados Unidos, tanto el gobierno como la Iglesia sabían que esos cambios tan profundos del panorama político y religioso generaban tensión y reacciones, y suscitaban disputas que después, tarde o temprano, debían ser resueltas por la Santa Sede, en especial en lo que se refiere a los países hispánicos. A tal punto lo sabían que para desactivar esas dificultades pusieron en juego mucho tacto, mucha diplomacia y toneladas de propaganda anticomunista: un calmante excelente para la desconfianza de la Iglesia latinoamericana. Spellman pasó a ser entonces el dinámico profeta de la unidad occidental contra el comunismo, el gozne perfecto entre Estados Unidos, América latina y el Vaticano; a tal punto que hacia 1947 corrió el rumor de que sería nombrado Secretario de Estado. Pero la idea no fue del gusto de Washington. Ahora que las políticas de la Casa Blanca y el Vaticano

25. Hay infinitos ejemplos, desde México (cfr. AMREE, Washington a Madrid, 18 de diciembre de 1944) a la Argentina (cfr. L. Zanatta, *Perón y el mito de la Nación católica*, Sudamericana, Buenos Aires: 1999, pp. 246-50).

26. Esto no significa afirmar que en Roma hubiera desaparecido tal espíritu; sobre el significativo caso del cardenal Ruffini, cfr. AMREA, Roma a Buenos Aires, 16 de enero de 1946.

27. AMREE, Washington a Madrid, 21 de enero de 1945.

28. AMREE, Dirección de Santa Sede, Informe para la Junta de Política Exterior, abril de 1947.

habían comenzado a correr sobre rieles paralelos, ¿a qué provocar a los católicos de España y América latina con una nueva prueba de ese inédito connubio, para ellos tan indigesto?²⁹

Pero en un primer momento, cuando apenas había terminado la guerra, flotaban todavía en el ambiente señales que inducían a Pío XII a observar con benevolencia la idea de un bloque católico, y a Perón a considerar al Papa un tácito compañero de viaje. En 1946, si bien se estaban exacerbando ya las tensiones entre Moscú y Washington, en el Vaticano no existía todavía seguridad de que los Estados Unidos fueran a asumir el papel de guía de Occidente. En la duda, la Santa Sede convulsionada por la represión anticatólica desatada en el área de influencia soviética, no desdeñaba la posibilidad de que las naciones católicas formaran cuadro a su alrededor. La situación no había cambiado gran cosa desde 1944, cuando Pío XII soslayó una respuesta al encargado de negocios argentino, que lo interrogaba sobre la capacidad de los anglonorteamericanos para hacer frente a los soviéticos;³⁰ o desde 1945, cuando el Papa elogió a Oliveira Salazar por no haberse prestado a abandonar la neutralidad para ser admitido en las Naciones Unidas, y de paso expresó su aprensión por las pretensiones aliadas de exportar el demoliberalismo incluso a aquellos países donde imperaban los más católicos regímenes.³¹

Pero la simpatía vaticana por la tendencia a agruparse de las naciones católicas, y la de las iglesias de la Argentina y España por las ambiciones de Perón y el ideal de la hispanidad, implicaban el riesgo de irritar a los Estados Unidos, decididos a todo con tal de reagrupar a América latina entera bajo su ala, a título de «panamericanismo». En suma, jamás tolerarían los norteamericanos la creación de bloques autónomos en América latina, y menos que menos si esos bloques nacían con la aspiración de extenderse a Europa, en menoscabo de la doctrina Monroe.³² Es cierto, Perón había ganado su elección, y en la Casa Blanca sabían que tendrían que lisonjearlo para reconducirlo al redil y que no quedara afectada la unidad americana. Pero no le tenían cariño y, convencidos, como tantos en las Américas,³³ de que no tendría escrúpulos en hacer lo que fuera para impulsar a sus vecinos a

29. Parsons a Bowling, 26 de setiembre de 1947, en E. Di Nolfo, *Vaticano e Stati Uniti...*, cit., pp. 542-44.

30. AMREA, Roma a Buenos Aires, 3 de diciembre de 1944.

31. Según informe del embajador portugués ante el Vaticano, AMNEP, Roma a Lisboa, 10 de abril de 1945.

32. S. Schwartzberg, *Democracy and U.S. policy in Latin America during the Truman years*, University Press of Florida, Gainesville: 2003.

33. En Brasil, ese convencimiento era mayor que nunca; cfr. AMNEB, Buenos Aires a Río de Janeiro, 30 de setiembre de 1946.

abrir las puertas a la Tercera Posición, seguían teniéndolo en la mira. Estaban seguros de que la voluntad de Perón era «formar un bloque».³⁴

2. La Tercera Posición, América latina y los Estados Unidos

El 4 de junio de 1946 Perón hizo su entrada en la Casa Rosada. La fecha era de por sí elocuente: se cumplían tres años exactos del golpe al que el nuevo presidente tomaba como inicio de su revolución, y que sus adversarios rememoraban como el comienzo del fascismo en la Argentina. La Tercera Posición no era en modo alguno un eslógan,³⁵ sino parte orgánica de esa revolución, en alma y en sustancia. Perón, por consiguiente, estaba dispuesto a aplicarla a toda costa. En ella se veían reflejados tanto el núcleo ideal del justicialismo, antiliberal y a la vez anticomunista, como la inclaudicable convicción de Perón de que sólo una Argentina emancipada de poderes extranjeros y que contara con una industria pujante podría tener la libertad de determinar si participar o no en la nueva guerra que ya se anunciaba, y de establecer cuándo y cómo hacerlo. Y él, Perón, al modo de un novel San Martín, traspasaría las fronteras con su Evangelio, con el fin de “liberar” y de “unir” a América latina.³⁶ Era una idea ambiciosa, sobre todo porque la economía argentina, más allá del estado de euforia de la posguerra, no podía sustentar tan grandes sueños. Además, habría que conquistar corazones y aventar temores. Para no ser vista como un instrumento de conquista, como una cuña puesta para dividir, la Tercera Posición tenía que aparecer afable, idealista, pacifista. Haría falta cautela para seducir a los hermanos de latinidad sin estimular en ellos sospechas o celos, pero también firmeza para cultivar los intereses económicos nacionales, e ímpetu para mantener viva entre las masas la llama revolucionaria y antiimperialista. Cada cualidad, en suma, se encontraba unida a su opuesto: diplomacia mezclada con ideología y economía; sonrisas y amenazas, premios y castigos. De ahí el doble (o triple, o cuádruple) discurso de Perón, líder histriónico y notable fabulador, que fue la fuente de amores y temores, equívocos y esperanzas, y de la tupida trama de contradicciones en la que terminaría por empantanarse la Tercera Posición.

Porque, desde luego, para empezar había que calmar a Washington, y precisamente sobre aquello a lo que apuntaba Perón: el famoso bloque latino. Existían elementales consideraciones geopolíticas y otros mil buenos motivos para que, una vez aplacado el huracán Braden, volviera a haber un poco de calma entre los dos

34. AMREC, La Paz a Santiago, 28 de mayo de 1946.

35. Como la ha definido, entre muchos otros, J. Page: *Perón. Una biografía*, Sudamericana, Buenos Aires: 2005, p. 224.

36. Así gustaba decir Perón; cfr. AMREP, Buenos Aires a Lima, 30 de junio de 1947.

países.³⁷ Esto, que era válido para Perón, lo era también para Truman,³⁸ cuyo edificio panamericano jamás alcanzaría solidez mientras no contara con el apoyo argentino y Perón siguiera corroyéndolo con la idea de “su” bloque. Por eso el presidente norteamericano envió a Buenos Aires al embajador Messersmith, pleno de buenas intenciones, ante el cual Perón haría y diría de todo con tal de aventar las sospechas sobre sus propósitos; hasta con algún exceso, porque tan torpe fue el embajador al desarrollar su papel de anti-Braden que en Washington muchos tuvieron la sospecha de que estaba siendo más útil a Perón que a Truman.³⁹ Con Messersmith, Perón estuvo apaciguador, sin alentar ideas quiméricas ni fantasías de bloques latinos.⁴⁰ Desde luego, le dijo, esperaba que el mundo no quedara partido en dos bloques; pero si ello sucedía, como parecía, la Argentina estaría con el hemisferio americano. La tradicional política aislacionista argentina, agregó, era un error. En fin, no parecía haber tema alguno que hiciera entrar en sospechas a Messersmith, aunque para ello se debiera pagar el precio de caracterizar al feroz tumulto de La Paz contra el presidente Villarroel, en otros tiempos el álder ego boliviano de Perón, como una normal insurrección popular contra un caudillo arbitrario.⁴¹ Pero no todas podían ser rosas; en efecto Perón guardaba una carta en la manga, un as que tenía que ser jugado con prudencia pero resultaría especialmente útil para poner al rojo vivo o, inversamente, para calmar las relaciones con Washington: muchos argentinos, dijo a Messersmith, eran antiestadounidenses. Él, Perón, sin dejar de comprenderlos, no compartía ese sentimiento, que de todos modos debía ser tenido muy en cuenta. Pero el embajador no debía abrigar dudas de que apenas se solucionara la disputa entre los dos países, él, Perón, como en un pase de taumaturgia, podría hacer desaparecer hasta el menor resto de ese fastidio argentino.

¿Estaba dispuesto realmente Perón a deponer el sueño de una comunidad latina de naciones, sólo con que los Estados Unidos suprimieran las sanciones impuestas a la Argentina? ¿Su actitud no sería más bien un *bluff* o, en el mejor de los casos, una voluntariosa expresión de deseos? Porque, en efecto, ¿cómo podría intentarse aquietar el fantasma antiyanqui después de invocarlo con tanta insistencia? Perón no modificó, por la misma época, el lenguaje que utilizaba en otras partes, ni el

37. Cfr. C. Escudé, *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina*, citado.

38. Cosa que para muchos era evidente; cfr. AMREP, Buenos Aires a Lima, 6 de junio de 1947.

39. El propio Messersmith admitió el escaso tacto de Perón y su prensa adicta: cfr. AMNEB, Buenos Aires a Río de Janeiro, 8 de agosto de 1946; *idem* en AMREP, Buenos Aires a Lima, 21 de diciembre de 1946. Como comentó el embajador de Estados Unidos en Río, tantos elogios argentinos perjudicaban a Messersmith: cfr. AMREA, Río de Janeiro a Buenos Aires, 11 de enero de 1947.

40. J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos, Vinciguerra*, Buenos Aires: 1990, pp. 171-81.

41. *Ibidem*, p. 177; cfr. también L. Zanatta, *Bolivia, Perón y la guerra fría*, citado.

gobierno argentino dejó de lado sus proyectos, ni Washington se decidió a tomar como moneda genuina esas profesiones de fe occidentalistas. En una palabra, las dos excepcionalidades americanas no se privaron de competir entre sí, ni la Tercera Posición fue a parar a ningún desván. En un discurso a los futuros agregados obreros del servicio exterior argentino, Perón les otorgó el título de “soldados de conquista”, dispuestos a marchar a cualquier parte con su pasaporte diplomático en el bolsillo, para difundir por el mundo la verdad justicialista.⁴² Por otra parte, no había rincón de América en el que no resonaran los ecos de los choques entre Washington y Buenos Aires. El gobierno del Perú, escaso en reservas de trigo, para no tener que pagar los altísimos precios que Buenos Aires pretendía optaba por pedir harina a Washington, y con tal de no perderse un crédito del Eximbank se resistía a los ofrecimientos argentinos de invertir en la producción de carbón.⁴³ Bolivia era el terreno donde se libraba una lucha de la que ningún golpe estaba excluido, el lugar donde la Casa Blanca creía ver la puesta en práctica del proyecto peronista de una «liga austral», mientras que otros veían una desenfadada carrera por el estaño entre Estados Unidos y Argentina.⁴⁴ En el Brasil, la sombra de Washington se cernía sobre la ya añosa disputa acerca del intercambio de trigo argentino por caucho.⁴⁵

No es de sorprender entonces que la Argentina y Estados Unidos se encontraran unidos por una conexión de doble mano; la primera vía mostraba carriles despejados; en la segunda, por donde transitaba la Tercera Posición, los obstáculos eran insuperables. Con Washington, el barómetro vira a buen tiempo, confiaba el canciller Bramuglia en febrero de 1947; y Messersmith replicaba: pronto todo habrá sido resuelto entre nosotros, y podremos formar juntos el bloque americano caro a Perón.⁴⁶ Pero escarbando, escarbando, se veía que algo no andaba bien. No hay duda de que el embajador deseaba que su gobierno confiara en Perón, pero él

42. AMNEP, Buenos Aires a Lima, 3 de setiembre de 1946.

43. AMNEP, Buenos Aires a Lima, 16 de julio de 1946 y 25 de marzo de 1947; G.J. Dorn, «“Exclusive domination” or “short term Imperialism”: the Peruvian response to US-Argentine rivalry, 1946-1950», *The Americas* 61(1), julio 2004, pp. 81-102.

44. Esa era la visión que existía en los círculos diplomáticos, cfr. AMREE, Washington a Madrid, 30 y 31 de julio de 1946. Íntimos amigos de Perón, los españoles pudieron palpar el significativo peso de la injerencia argentina en Bolivia; cfr. AMREE, José Gallostra a Ministro, 24 de diciembre de 1946; AMREP, Buenos Aires a Lima, 6 de marzo de 1947.

45. Buenos Aires escatimaba la entrega de trigo, por motivos que a veces eran políticos y otras económicos. Los Estados Unidos colmaron la brecha: cfr. AMREA, Río de Janeiro a Buenos Aires, 6, 13 y 15 de noviembre de 1946; AMNEB, Buenos Aires a Río de Janeiro, 13 de setiembre de 1946.

46. Tuvieron esas expresiones en sendas entrevistas con el embajador de España, Bulnes; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 7 de febrero de 1947.

mismo seguía teniendo dudas y experimentando desconcierto. Por ahora, decía en agosto de 1946, hay muchas palabras y pocos hechos; en noviembre explicaba que Perón procedía de buena fe, pero los que lo aconsejaban no.⁴⁷ Lo que muchos temían en Washington fue comunicado al embajador argentino en Brasil por su colega de Estados Unidos, William Pawley: yo, mi gobierno y la clase dirigente de mi país pensamos que Perón quiere formar un bloque latinoamericano hostil a Estados Unidos.⁴⁸

¿Exageraciones? ¿Calumnias? ¿Triviales excusas, dirigidas a intimidar a un rival impetuoso? Bien podría ser, aunque no existen dudas de que más allá del mutuo derroche de mieles Perón seguía su camino sin vacilar. Precisamente entonces, en los primeros meses de 1947, cuando ya se delineaban con claridad las características de la Guerra Fría y la Conferencia de Río se acercaba, estaba preparándose para exponer al mundo la Tercera Posición. Debían desbrozarle el terreno las largas, pomposas y costosas misiones por el mundo del senador Molinari. Éste, quintaesencia de la “nueva Argentina”, excesivo y arrogante portador de promesas y amenazas, podía suscitar sin duda ironías y temores, pero también deseos y esperanzas, con su valija llena de abalorios: tratados de comercio, industrias nuevas, bancos, rutas comerciales servidas por la flamante flota mercante argentina y tantas otras cosas.⁴⁹ En última instancia, si las confabulaciones militares, las presiones económicas y el galanteo sindical para con los latinos de América y Europa no eran suficientes para confirmar que los gestos de aproximación a Estados Unidos no habían disuadido a Perón de la idea de formar un bloque latino de naciones, su lenguaje era suficiente reaseguro: un lenguaje que al encontrarse «en familia», a solas con algún socio potencial, era muy diferente del que hablaba ante los incrédulos emisarios de Washington. Así fue como le expresó a Demetrio Carceller, un jerarca español que había sido ministro de Franco, que los anglosajones eran débiles ante Moscú, y extrajo de esa «debilidad» el enésimo argumento para salirse de la órbita de los dos imperialismos que habían salido triunfadores en la guerra.⁵⁰ Ante sus camaradas de armas, Perón no dejó ni por un momento de recalcar que la Argentina tenía la misión de encabezar «un nuevo Renacimiento de la cultura occidental, de la cultura

47. AMREC, Buenos Aires a Santiago, 13 de agosto y 14 de noviembre de 1946.

48. AMREA, Rio de Janeiro a Buenos Aires, 11 de enero de 1947; Pawley y Messersmith se mantenían en estrecho contacto.

49. AMREC, Lima a Santiago, 14 de marzo de 1947; Buenos Aires a Santiago, 25 de abril de 1947; AMREE, Buenos Aires a Madrid, 19 de junio de 1947; AMREP, Buenos Aires a Lima, 4 de junio de 1947.

50. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 19 de marzo de 1947.

humanística greco-latina que, bajo el signo de la Cruz y por obra y sangre de España floreció en tierra americana».⁵¹

Claro que el gobierno peronista, muy matizado, contaba con sus palomas y sus halcones extremistas. Por ejemplo, en boca de Miguel Miranda, artífice de la economía peronista, la Tercera Posición asumía un aire torvo y amenazador, con pujos de resucitar en lo económico el antiguo virreinato del Río de la Plata⁵²; y otro tanto sucedía en boca de algún militar exaltado que ya soñaba con revolucionar la geografía continental.⁵³ En cambio, revestía un aspecto mucho más inocuo en el discurso de Bramuglia, el canciller, el cual por convicción ideológica y por temperamento procuraba no atizar las sospechas, y tendía a evitar que la Tercera Posición se convirtiera en un territorio inhospitalario y aislado, en una suerte de vacío oscuro entre los dos bloques. Es cierto que ese tipo de cautelas se derrumbó pronto, junto con el mismo Bramuglia, bajo el peso del dogma nacionalista del que se nutría el justicialismo, del virulento antiyanquismo del ala sindical, de la irreductible hostilidad de Eva Perón y de la tirantez intrínseca entre cualquier posibilidad de tercera vía y el «panamericanismo».⁵⁴ Una tensión evidente se observaba cada vez que alguien se esforzaba por explicar que la Tercera Posición estaba dirigida a afirmar la «personalidad» latina ante los anglosajones, y no a enfrentar a los Estados Unidos.⁵⁵ Fuera o no razonable esa explicación, resultaba indigerible para Washington: introducir una discriminación entre dos diferentes civilizaciones dentro del mismo continente inhibiría la posibilidad de unirse contra el enemigo común; sin contar con que esas distinciones entre Norte y Sur, entre anglosajones y latinos, entre protestantes y católicos, servirían para alimentar el nacionalismo latinoamericano, del que el «imperialismo yanqui» era la bestia negra. Ya se la explicara entre gruñidos o con una sonrisa en los labios, la Tercera Posición mantenía su profundo significado: el deseo, como se ocupó de aclarar Bramuglia al embajador español, de que las naciones latinas de América y de Europa establecieran entre sí un vínculo capaz de evitar que el mundo quedara repartido en dos únicos

51. Discurso del presidente Perón en la comida de camaradería de las Fuerzas Armadas, 5 de julio de 1947 (en la *Revista Militar*, julio de 1947, p. 998).

52. *Review of the River Plate*, 10 de enero de 1947; AMNEB, Buenos Aires a Río, 9 de diciembre de 1946.

53. Tal fue el sensacional caso del coronel Carlés, agregado militar en La Paz; en AMREC, La Paz a Santiago, 19 de marzo y 27 de agosto de 1947.

54. Sobre la caída de Bramuglia, cfr. AMREC, Buenos Aires a Santiago, 5 de setiembre de 1949; sobre su enfrentamiento con Eva Perón, cfr. R. Rein, *Juan Atilio Bramuglia, bajo la sombra del líder: la segunda línea del liderazgo peronista*, Lumière, Buenos Aires: 2006.

55. Así la explicó Bramuglia a los embajadores de España, Francia e Italia; AMREE, Buenos Aires a Madrid, 17 de mayo de 1947.

bloques, sajón el uno, esclavo el otro.⁵⁶ No se había equivocado pues Perón (ni tampoco tiene que maravillarnos su clarividencia en ese aspecto) cuando en junio de 1947, en lugar de celebrar la concreción de la tan deseada renuncia de Braden a su cargo en el Departamento de Estado, se quejó de que sus esfuerzos por afirmar la personalidad argentina en América del Sur seguían padeciendo la enconada hostilidad de los Estados Unidos.⁵⁷

De modo que Perón no arrió sus banderas. Ya hemos visto que todavía le quedaban cartuchos que disparar, y por otra parte la Tercera Posición era el corazón de su pensamiento, no una simple línea lateral. A eso hay que agregar que la idea de una comunidad latina no era nueva ni extravagante para los gobiernos y pueblos de la América hispana, y que el evangelio social de Perón sonaba a fiesta en los oídos de muchos obreros latinoamericanos, en verdad no tan afortunados como sus colegas argentinos. Al sur del Río Grande no había mucho amor o respeto por los Estados Unidos, y no eran pocos quienes se sentían abandonados pese a la lealtad que sus países habían demostrado en tiempos de guerra. Para Perón había, pues, terreno fértil en América, y bastante espacio para seguir persiguiendo su sueño. ¿Por qué, por ejemplo, no disputar a Washington el liderazgo del anticomunismo, erigiéndose en campeón de esa cruzada ante los latinos del continente? La cumbre de Río de Janeiro, por celebrarse en agosto de 1947, en la que Truman pensaba ajustar la red de defensa hemisférica contra el comunismo, sería una oportunidad de oro. “Creerán que acordaremos con ellos, pero les va a costar”, amenazaba Perón, furioso por el retiro de Messersmith, y decidido a enfrentar la política “absorbente” de Washington,⁵⁸ con mayor empeño todavía al ver que el plan estadounidense estaba lejos de gustar a todo el mundo, y que eran varios los gobiernos que, como el argentino, temían por su soberanía.⁵⁹ Así, con el fin de buscar aliados y fijar una estrategia común en vistas del encuentro de Río, Molinari y Bramuglia se reunieron con los embajadores latinoamericanos. Molinari, con tal de convencerlos, estaba dispuesto a conceder créditos, en oportunidad de su enésima misión continental.⁶⁰ Pero si Perón confiaba en los vientos favorables, no faltaba quien le llamara la atención sobre los que le eran contrarios, no menos fuertes y peligrosos. “Nos acusan de imperialistas”, observó alarmado el Estado Mayor del Ejército, cuando en el Congreso brasileño resonaron las violentas invectivas contra la Argentina del

56. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 17 de mayo de 1947.

57. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 5 de junio de 1947.

58. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 5 y 6 de junio de 1947.

59. Como hizo notar el embajador de España, que pidió cautela a la prensa de su país; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 29 de mayo de 1947.

60. AMREP, Buenos Aires a Lima, 6 de junio de 1947.

diputado Flores da Cunha, “y de lucrar con el precio del trigo, violando acuerdos internacionales”. ¿Vamos a llegar disminuidos a Río por causa de esas acusaciones?, preguntaba el general Sosa Molina. ¿No se convertiría la Argentina en el objeto del odio y las sospechas precisamente de aquellos a los que ambicionaba atraer a sus proyectos? No hay problemas, le respondió Bramuglia, pero lo cierto es que la dificultad existía, y era grande.⁶¹

Puesto que la intención de Perón era dar quehacer a Truman, en Río y en cualquier otro sitio, y batir en todas partes el parche de su Tercera Posición, nada parecía mejor que hacer jugar uno de sus caballitos de batalla; es decir, mover cielo y tierra para que en las narices mismas de la ONU los hermanos hispanoamericanos abrieran las puertas de la comunidad latina al general Franco, y reabrieran sus embajadas en Madrid,⁶² tal como lo había hecho Perón, corrigiendo lo que a su juicio era un inaceptable castigo al más católico y anticomunista de los gobiernos, amenazado por el letal contubernio entre las potencias comunistas y las democráticas.⁶³ Con eso se reavivaría la llama de la hispanidad, que a duras penas ardía todavía en muchas almas, y quedaría bien apuntalada la vertiente europea de la Tercera Posición, con el resultado de amarrar a España y la Argentina con solidez aún mayor. Perón sabía bien que era una carrera contra el tiempo, que habría que ganar antes de que a Franco se le despejara el camino de Washington, donde el grupo de presión español se estaba haciendo con la voluntad de muchos de los representantes (diputados) y muchos militares, aunque todavía le resultaba imposible influir sobre Truman y sus aliados europeos.⁶⁴ Hacía tiempo ya que Perón pugnaba por obtener salvoconductos para Franco, no sólo mediante el envío de un embajador suyo, recibido como un Mesías en Madrid,⁶⁵ sino también defendiendo su causa ante las demás cancillerías de América.⁶⁶

En Río la cuestión se anunciaba compleja. Parecía seguro que la Casa Blanca se propondría plasmar allí una alianza anticomunista sudamericana: en otros términos,

61. AMREA, Sosa Molina a Bramuglia, 12 de junio de 1947; Bramuglia a Sosa Molina, 16 de junio de 1947.

62. Molinari recibió precisas instrucciones en tal sentido; AMREE, Buenos Aires a Madrid, 19 de junio de 1947; Bramuglia, como antiguo socialista, tenía mucha menos simpatía por esa causa; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 21 de mayo de 1947.

63. Según palabras que Perón gustaba de repetir; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 30 de setiembre de 1947.

64. A. Viñas, *En las garras del águila. Los pactos con Estados Unidos, de Francisco Franco a Felipe González (1945-1995)*, Crítica, Barcelona: 2003, pp. 57-65.

65. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 18 de enero de 1947.

66. Cfr. Madrid a Buenos Aires, 22 de marzo de 1947, Buenos Aires a Madrid, 3 de abril y 19 de mayo de 1947.

valerse de la ocasión para trasplantar a las Américas la llamada doctrina de la *containment*. En vista de la fe anticomunista de los gobiernos de Río y Buenos Aires, los Estados Unidos confiaban en que esa fe sería la clave para inducirlos a colaborar, y para dar solidez a la unidad hemisférica.⁶⁷ El encuentro que Perón tuvo con el presidente brasileño Dutra, que se mostraba dispuesto a mediar entre Argentina y Estados Unidos, pareció allanar el camino a ese escenario.⁶⁸ Sin embargo, al fin las cosas salieron de otro modo, y la cuestión preponderante fue la defensa hemisférica. Era todavía demasiado pronto para que el anticomunismo pudiera servir para unir a la región, y ni siquiera existía el clima adecuado para ello: la amenaza comunista no parecía inminente⁶⁹ y, por otra parte, había quien creía ver asomar detrás de ella el caballo de Troya del intervencionismo norteamericano; además, la Argentina y Estados Unidos tampoco terminaban de ponerse de acuerdo respecto del comunismo. Por el contrario, ya se ha visto que era precisamente en ese terreno donde se daba la más ardiente confrontación entre la Tercera Posición y Washington; pronto Perón tomaría un camino que lo alejaría también de Franco y de Pío XII.

Para Perón revestía cierto valor político la posibilidad de que en Río se aprobara una resolución anticomunista, porque así quedaría abierto el camino para la normalización de relaciones entre los países americanos y España, con lo que su régimen se alzaría como custodio indiscutido de la encrucijada entre el viejo y el nuevo mundo latinos. Todos tenían más o menos en claro que así estaban las cosas;⁷⁰ Franco, de ese modo reconfortado, se animó a maniobrar para que en la reunión fuera tratada la cuestión española.⁷¹ Lo cierto es que para Perón no era el anticomunismo el que debía servir de abono al panamericanismo, sino la Tercera Posición: un terreno en el que las naciones latinas se diferenciaron de Estados Unidos, con él como líder y modelo. No albergaba la menor duda, y así lo repitió una y otra vez a las muchedumbres peronistas, de que el justicialismo era el único tratamiento eficaz para extirpar de las mentes de la clase obrera el cáncer comunista, ese cáncer que el capitalismo anglosajón producía a fuerza de explotación y de

67. AMREC, Buenos Aires a Santiago, 11 de marzo de 1947; AMREE, Madrid a Buenos Aires, 22 de marzo de 1947; Buenos Aires a Madrid, 26 de marzo de 1947.

68. AMREE, Madrid a Buenos Aires, 16 de mayo de 1947; Buenos Aires a Madrid, 23 de mayo de 1947.

69. L. Bethell, I. Roxborough (eds.), *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948*, Cambridge University Press, 1992.

70. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 10 de mayo y 24 de junio de 1947; Madrid a Buenos Aires, 21 de mayo de 1947.

71. AMREE, Madrid a Buenos Aires, 29 de mayo de 1947; Buenos Aires a Madrid, 2 de junio de 1947.

siniestro materialismo.⁷² ¿Cómo podía pensarse, entonces, en un frente anticomunista que estuviera bajo la directa protección de aquellos a quienes cabía responsabilidad directa por el contagio comunista? Al comunismo, solía decir Perón, se lo combatía con el Evangelio y las encíclicas sociales de los pontífices en la mano,⁷³ dando dinero, casa, comida, derechos y dignidad a los obreros, atacando los privilegios de las clases dirigentes y la arbitrariedad del gran capital extranjero; y, por supuesto, organizando a los trabajadores en una gran central obrera impregnada de «doctrina nacional». ¿Cómo no reconocer, clamaba Perón, el éxito de su política, o el hecho de que la clase obrera argentina era la que mejor estaba en América latina, y la que más rehuía la bandera roja? Y a tal punto era así, agregaba muchas veces, que su gobierno no necesitaba promulgar leyes anticomunistas, ni mandar de vuelta a casa al embajador soviético, como otros hacían por deferencia a Washington. Concordaba, pues, en la necesidad del frente anticomunista, pero bajo su guía, y bajo el signo del justicialismo y la Tercera Posición. De modo que propuso un frente de ese tipo a Chile y a Brasil, los vecinos más ásperos y a la vez más expuestos a la influencia comunista; ambos, sin embargo, rechazaron la invitación, para adherir enseguida a otra propuesta igual de Truman. Ese fue un duro golpe para Perón, y una clara voz de alto a sus ambiciones.⁷⁴ No sólo porque confirmaba que Washington podía hacer valer argumentos de peso sino también porque sus vecinos parecían dispuestos a aprovechar esos argumentos para mantenerlo a raya a él, considerado un expansionista incurable.

La receta anticomunista, pensaba Perón, era una exclusividad de la Tercera Posición, y formaba una sola pieza con su radical nacionalismo, su *ethos* revolucionario, la base obrera de que disponía, todo lo cual la convertía en un plato indigerible para el panamericanismo estadounidense; más aun porque en Washington reinaba el temor de que la larga mano de los soviéticos lograra al fin agazaparse entre los dobles de alguno de los muchos y florecientes movimientos nacionalistas, de los que el peronismo era el arquetipo.⁷⁵ La propia invocación con bombos y platillos a la «justicia social», a través de la cual el peronismo esparcía los ecos de la Tercera Posición entre las masas de América y, eventualmente, de Europa, era fuente de sospechas y resistencia. ¿Cuántos gobiernos, incluso de sentimientos

72. Infinidad de veces se expresó Perón en tal sentido; AMREC, Buenos Aires a Santiago, 11 de marzo de 1947. Véase también el artículo en *La Nación* del 1º de abril de 1948: «El primer magistrado habló ante un grupo de periodistas extranjeros».

73. AMREC, Buenos Aires a Santiago, 18 de noviembre de 1948.

74. AMREP, Buenos Aires a Lima, 9 de octubre y 15 de noviembre de 1947.

75. S. Welles, «Necesidad de una doctrina interamericana sobre reconocimientos», *La Razón*, La Paz, 24 de mayo de 1944.

amistosos hacia Perón, no rechazaron con fastidio a los agregados obreros designados en las embajadas argentinas, acusándolos de insuflar el espíritu revolucionario en trabajadores locales que hasta entonces se venían mostrando dóciles?⁷⁶ ¿Y la turbación del franquismo ante las fogosas palabras dirigidas por Eva Perón a los obreros de Barcelona?⁷⁷ ¿Todo eso no revelaba acaso un rastrero intento de hegemonismo? Es comprensible, entonces, tan grande circunspección respecto de la Tercera Posición; y se comprende también que Perón, exasperado, optara por dirigirse a los pueblos prescindiendo de los gobiernos, lo cual en definitiva, con lo que implicaba de intrigas e injerencias, pareció todavía más amenazador.⁷⁸ Por otra parte, que la cuestión del anticomunismo era un escollo entre Perón y la comunidad occidental, y que él, por su parte, procuraba usarla de punzón para taladrar en la coraza de la Guerra Fría una grieta donde afianzar la Tercera Posición, eran hechos que quedaban confirmados por sus ambivalentes relaciones con Moscú. En el fondo eran las actitudes típicas de un actor ambicioso, obligado a moverse en un marco bipolar rígido; sin embargo, constituían un arma de doble filo. Tal vez fueran útiles para crear agitación contra Estados Unidos, pero sin duda molestaban a los socios más caros e importantes, en especial a España y la Santa Sede, ante las cuales Perón se postulaba como abanderado de un anticomunismo más duro y más directo que el de Estados Unidos.⁷⁹ Era el suyo un juego explícito y arriesgado, pero comprensible a la luz de su convencimiento de que existía espacio entre los bloques, y de que el tiempo jugaba a su favor: la inminente, inevitable guerra mundial, pensaba, le daría la razón, y llevaría hasta él a todos los que desearan decidir por sí mismos si participar o no de esa contienda, y cuándo y cómo hacerlo. De todos modos, se requería medida para no tensar demasiado la cuerda con Estados Unidos y con los interlocutores latinos, y también para no servir ingenuamente a los planes de Moscú. Al respecto corría el rumor de que la posibilidad de un bloque latino, inserto como un palo en las ruedas de los yanquis, no desagradaba a los rusos.⁸⁰ Ese no era el caso, claro, de los comunistas chilenos, italianos o franceses; en cambio los brasileños miraban la idea con simpatía. Su

76. Fueron en verdad muchísimos; véase el emblemático caso de Portugal en AMNEP, Repartição dos Negócios Políticos, 11 de julio de 1952; muchos juzgaban que la presencia de los agregados obreros sería contraproducente, cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 16 de enero de 1948; AMREC, Buenos Aires a Santiago, 27 de agosto de 1948.

77. AMREC, Buenos Aires a Santiago, julio de 1947.

78. Perón trató esta cuestión con el embajador español; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 17 de julio de 1947. Sobre las injerencias, específicamente para el caso chileno cfr. L. Machinandiarena de Devoto, *Las relaciones con Chile durante el peronismo, 1946-1955*, Lumière, Buenos Aires: 2005.

79. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 30 de setiembre de 1947.

80. AMREE, Madrid a Buenos Aires, 14 de agosto de 1947.

indiscutido líder, Luiz Carlos Prestes, cubriría pronto a Perón de elogios y de ofrecimientos.⁸¹ En síntesis, la Guerra Fría volvía porosos los límites de la Tercera Posición, y tendía a hacer de ella una suerte de ómnibus colmado de pasajeros de todo tipo, al que todos subían cuando les resultaba útil y del que descendían en cuanto se producía un atasco. Para Perón, llevar el volante comenzó a revelarse muy pronto como un complejo ejercicio de equilibrio.

3. Remar contra la corriente. El mundo dividido y la Tercera Posición

En julio de 1947, mientras una pesada «cortina de hierro»^{*} descendía en mitad de Europa, y los bordes de los bloques ya aparecían bien determinados, Perón anunció al mundo la Tercera Posición. Se estaba produciendo justamente lo que él más temía, y deseaba evitar. Un mundo bipolar, pensaba, sepultaría bajo una lápida la soberanía latinoamericana, y obligaría a la Argentina a moverse dentro de los límites del imperio de Washington. La guerra le parecía cuestión de tiempo: los militares estadounidenses, decía, querrían atacar a la Unión Soviética mientras todavía estaba débil.⁸² Por lo tanto, había llegado el momento de aclarar que la Argentina justicialista no estaba dispuesta a someterse a alianzas que limitaran su soberanía o su libertad de acción; de hacer ver a los millones de hijos e hijas de la civilización latina y católica que en ese mundo constreñido a alinearse de uno u otro lado del abismo existía también un tercer camino, una Tercera Posición: la de la Argentina de Perón.⁸³

Esta actitud de Perón constituía la reacción al cariz que estaba tomando el orden mundial, pero sólo en parte; en efecto, su mensaje fue lanzado después de un intenso período de preparación, durante el cual se había valido de muchas armas, desde las reservas de trigo de que disponía a su luna de miel con la Iglesia, desde las ceremoniosas misiones encabezadas por Molinari a los rendidos agasajos a los embajadores de países latinos; para no hablar de la gira europea de Evita en 1947, la más clamorosa rampa de lanzamiento de la Tercera Posición.⁸⁴ Ese viaje fue exitoso sólo a medias, y en fin de cuentas resultó poco alentador para la pata europea de la Tercera Posición. Salvo, claro, en España, donde como es sabido comenzó el periplo de Eva, “solidaria expresión de cristiandad, paz y justicia social”.⁸⁵ En efecto,

81. AMREA, Río de Janeiro a Buenos Aires, 4 de febrero de 1947.

• En España y otros países, la conocida frase de Churchill es traducida «telón de acero» [T.].

82. AMREE, Madrid a Buenos Aires, 17 de julio de 1947.

83. AMREE, Madrid a Buenos Aires, 8 de junio de 1947.

84. Así lo interpretó el embajador del Perú; AMREP, Buenos Aires a Lima, 4 de agosto de 1947.

85. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 27 de mayo de 1947.

fuera de la península ni los agradecimientos ni las sonrisas bastaron para ocultar el escaso entusiasmo existente hacia la tercera vía peronista. Así, en Italia, Evita encontró un gobierno reconocido pero tibio, y unos *descamisados* locales que más bien se reunían a insultarla bajo la bandera del partido comunista.⁸⁶ En la sucesiva etapa francesa, arrancada poco menos que a la fuerza,⁸⁷ se halló en un país al que dijo haber encontrado en proceso de «avanzada comunización», y en el que, según confesó o alardeó, había tenido que «comprar» a la prensa para endulzar el tono de sus crónicas. En Portugal, en fin, creyó ver reinar «la más implacable de las dictaduras». Todo esto fue coronado por la ceñuda audiencia sostenida con Pío XII, algo irritado ante la celosa, declamada y en última instancia sospechosa fe de Evita, y cuya actitud ya reticente tenía como causa los signos de regalismo que observaba en el gobierno de Perón.⁸⁸

Lo cierto es que por fin el 6 de julio Perón dirigió la palabra al mundo, y su máquina propagandística amplificó hasta el infinito el eco de sus frases, principalmente en las Américas y el Vaticano, adonde el discurso llegó acompañado de una nota diplomática.⁸⁹ La Tercera Posición estaba en órbita al fin, si bien arropada con un manto de candidez y pacifismo que a los observadores más cáusticos, como el embajador español Areilza, les parecieron “una notable evolución” respecto de los más decididos términos que poco antes todavía empleaba Perón ante sus partidarios en el Congreso. Ciertamente, cuanto en los primeros momentos había parecido “netamente diferenciado” de los dos bloques existentes asumía ahora un aspecto “bastante más vago y diluido”.⁹⁰ Era el efecto del habitual doble discurso, que apuntaba a un tiempo a atizar el ardor nacionalista de los suyos y a mitigar los temores ajenos. Lo cierto es que, aunque pacifista o edulcorada, la Tercera Posición estaba por fin allí, a la vista de todos, de la mano con el destino manifiesto argentino: el “renacimiento político y económico” de la Argentina *justicialista*, había dicho Perón, situaba al país como conductor de la “cruzada” de solidaridad que anunciaba el advenimiento del “hombre nuevo de América”, y despertaba nuevas esperanzas para la Europa en ruinas. Sólo esta Tierra Prometida de la justicia social podía señalar, por encima de los extremismos capitalista y totalitario, el camino de la armonía.

86. AMREE, Roma a Madrid, 3 de julio de 1947.

87. Como admitió el embajador D'Ormesson, cfr. AMREC, Santiago a Buenos Aires, mayo de 1947.

88. Cfr. mi artículo “La reforma faltante. Perón, la Iglesia y la Santa Sede en la reforma constitucional de 1949”; *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, 20, 1999, pp. 111-30; la versión de Eva en AMREE, Buenos Aires a Madrid, 19 de setiembre de 1947.

89. J. D. Perón, “Por la cooperación económica y la paz mundial”, Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, Buenos Aires, 1947.

90. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 7 de julio de 1947.

Perón se mostró enfático y autoelogioso hasta el límite del ensobrecimiento. Sin embargo, también se apresuró a calmar la ansiedad de Washington, haciendo saber a Estados Unidos que la Tercera Posición era un arma política para tiempos de paz, pero que en caso de guerra la Argentina se pondría de su lado.⁹¹ ¿Todo era mera retórica, entonces? De ningún modo, porque precisamente en tiempos de paz era cuando la Tercera Posición se imponía como expreso desafío político e ideológico a los Estados Unidos. Perón no dejó de repetir a amigos, aliados y simpatizantes que su discurso había ejercido un gran impacto en América latina y en algunas naciones europeas; aunque endulzada en sus tonos, la Tercera Posición atraería a muchos países ansiosos por salir de la órbita de los dos colosos.⁹² En América latina, confió, su gobierno estaba llevando a cabo “una hábil maniobra” para hacer frente a las injerencias estadounidenses y asumir el rol de portavoz popular; los resultados ya se empezaban a ver. Para eso había esparcido por las embajadas a sus agregados obreros. ¿Washington lo acusaba de enviar agitadores? Bien, pues no se equivocaba. Dar forma a una conciencia común entre los pueblos hispanoamericanos era una empresa posible, y urgía que la Argentina ofreciera alternativas económicas a esos pueblos. Si la guerra estallaba al fin, pensaba Perón, no se trataría ya de un choque de bloques, sino de una serie de guerras civiles nacionales, cuyo resultado condicionaría el alineamiento de cada país con uno u otro contendiente. Con mayor razón, entonces, eran necesarios el *justicialismo* y la Tercera Posición, únicas fuerzas capaces de mantener en alto el baluarte anticomunista, remediando los abusos del capitalismo. Como era previsible, las palabras de Perón metieron mucho ruido, y la polémica se encendió. La Argentina, denunció el *Sunday Times*, estaba trabajando en un bloque latino: Franco era su entusiasta partidario, continuaba el diario, y quería comprometer en el asunto a Oliveira Salazar.⁹³ El espectro de un bloque de esas características sobrevolaba también en las cancillerías latinoamericanas, que sentían desconfianza de la exuberancia argentina y turbación del ánimo por el riesgo de caer en la enemistad con Washington. En Río y en Santiago, por ejemplo, no se vaciló un momento en rechazar el presunto bloque.⁹⁴ Entonces y más tarde se alzaron gritos de que venía el lobo, y hubo acometidas contra el fantasma de un supuesto eje Buenos Aires-Madrid que al parecer se cernía sobre América latina;⁹⁵ en 1948, el fantasma asumió

91. J. van der Karr, Perón y los Estados Unidos, cit., pp. 200-1.

92. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 17 de julio de 1947.

93. *Sunday Times*, 3 de agosto de 1947.

94. Cfr. *New York Times*, 7 de agosto de 1947; AMREC, Buenos Aires a Santiago, 15 de setiembre de 1947.

95. Cfr., por ejemplo, *El Plata*, Montevideo, 17 de enero de 1947; *El Crisol*, La Habana, 9 de junio de 1949.

los rasgos castrenses del peruano Odría y del venezolano Pérez Jiménez, los dos caros a Perón.⁹⁶ En suma, muchos intuían el enorme potencial de la Tercera Posición para influir a las masas latinoamericanas, y temían el contagio. Con todo, hasta en la prensa brasileña, decididamente hostil, era posible leer que Perón, sin duda autoritario, era de todos modos presidente de una Argentina “rica, próspera, dinámica y ambiciosa”; había resistido a los Estados Unidos y allí estaba, respetada por todos. Y mientras se situaba “a la par de Europa y de Estados Unidos”, el Brasil no hacía más que acurrucarse a la sombra de Washington, sin fortaleza ni dignidad.⁹⁷ ¿Quién podía dudar de que la Argentina sobresalía un palmo de los demás, y de que se disponía a asumir la guía de toda Sudamérica?⁹⁸ En Buenos Aires se pensaba que no existían razones para no creer estas cosas, cuando todos en América latina, hasta el mundo de la alta finanza, elevaban voces de queja contra Washington, tan avara con sus vecinos como pródiga con los europeos.⁹⁹

Perón lanzó, pues, su desafío, pensando que a la “nueva Argentina” correspondía colmar el vacío que dejaría la desaparición del comunismo, una vez que la inminente guerra consagrara la derrota de éste y dejara a América latina a merced del imperialismo anglosajón.¹⁰⁰ Estaba convencido de que Truman aún vacilaba, y parecía no darse cuenta de que los Estados Unidos ya habían tomado la decisión de conducir por sí mismos la lucha contra el comunismo. Tampoco parecía comprender que su ambición de asumir el papel de campeón de esa lucha, Tercera Posición en ristre, no podía menos que verse afectada por esa decisión norteamericana;¹⁰¹ sobre todo a ojos de los países católicos, en los que Truman daba aliento a partidos y líderes de impolutas credenciales democráticas como Adenauer, De Gasperi y Schuman, a la vez que desdeñaba a quienes como Franco o Perón portaban antecedentes menos presentables. Perón seguía abrazado a la idea de que los Estados Unidos vacilaban, de que eran muy pocos quienes en América y Europa creían en los norteamericanos como defensores de la cristiandad y, por lo tanto, que los vientos de la Guerra Fría no podrían trabar las alas de la Tercera

96. R. Betancourt, “La amenaza del totalitarismo derechista”, *La Jornada*, México, 3 de agosto de 1949; Perón y los suyos preferían los gobiernos militares; cfr. AMREP, Buenos Aires a Lima, 1º de diciembre de 1948.

97. *O Jornal*, 9 de enero de 1947; *Jornal do Comercio*, 22 de agosto de 1947.

98. AMNEP, Río de Janeiro a Lisboa, 21 de noviembre de 1947.

99. AMREA, Río de Janeiro a Buenos Aires, 19 de noviembre de 1947; Asunción a Buenos Aires, 17 de setiembre de 1947. Sobre la preferencia por Europa, también Bruce, el embajador norteamericano en Buenos Aires, tenía algo que decir; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 26 de agosto de 1947.

100. Son expresiones de Perón; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 30 de setiembre de 1947.

101. Se le escapaba que los Estados Unidos, si habían empezado por ser “mediadores” entre ingleses y soviéticos, ahora ya habían tomado el lugar de los primeros en contra de los segundos; cfr. R. Crockatt, *The Fifty years war*, Routledge, London and New York, 1995.

Posición.¹⁰² Las cosas se iban poniendo bien, confiaba Perón a fines de 1947, tanto en Brasil y Chile, donde sus partidarios –debidamente ayudados– no dejaban de multiplicarse, como en Bolivia y el Paraguay, firmemente controlados, en el Ecuador y vaya a saber en qué otros países de la Región.¹⁰³ Por otra parte, se franqueaba con sus amigos españoles, si en el país había podido llevar a buen término la empresa de conducir a fascistas y comunistas por la tercera vía, ¿por qué no podría hacer lo mismo afuera? Aspirante a taumaturgo, ambicionaba purgar al APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana) peruano y a los comunistas brasileños de sus incrustaciones marxistas; al mismo tiempo, procuraba detener la “monstruosa persecución” desatada en Europa contra los fascistas,¹⁰⁴ y acogía a los que habían podido escapar de ella. El eje con España era esencial para medir su capacidad de recomponer el edificio desmembrado de la catolicidad, arrancando al Estado español de su aislamiento y llevándolo de la mano a que retomara su lugar en la familia de naciones católicas, lo cual serviría para consagrar el liderazgo de la Argentina en las costas latinas del Atlántico, y marcaría los territorios de la Tercera Posición. No por casualidad Perón “transpiraba” más que nunca “afecto” por España, por “el único país realmente anticomunista de Europa”,¹⁰⁵ mientras su diplomacia trabajaba en todo tiempo y lugar en favor de la causa española, en tanto quedara suficientemente claro que era él y nadie más que él quien dirigía las operaciones en ese sentido; no por cierto los portugueses, que tímidamente trataban de hacerlo,¹⁰⁶ ni mucho menos los Estados Unidos, aún vacilantes sobre si franquearían o no a España el camino de Europa y, sobre todo, el que conducía a América.¹⁰⁷ En octubre de 1947 Perón informó al embajador de Franco que las acciones españolas estaban en continuo crecimiento, expresión que fue glosada por Bramuglia con estas palabras: “el aislamiento diplomático de España ha terminado”. Franco debía entender que la lucecita que ahora veía al final del túnel debía agradecerse a Perón, y no por cierto a Truman, a cuyas puertas venía llamando en vano desde hacía tanto tiempo.¹⁰⁸

De modo que, como quiera que se la tomase, la Tercera Posición iba a parar en rivalidad entre Argentina y Estados Unidos. Perón, para poder “venderla”, tenía

102. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 30 de setiembre de 1947.

103. *Ibidem*.

104. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 16 de enero de 1948.

105. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 30 de setiembre, 9 de octubre, 13 de noviembre de 1947.

106. Por ejemplo, en Venezuela; cfr., Archivo General de Administración, Madrid, AGDA, Caracas a Madrid, 29 de julio de 1947.

107. AMREE, Madrid a Buenos Aires, 5 y 8 de noviembre de 1948.

108. Mucho pidió Franco a Perón, y mucho fue lo que obtuvo de él; cfr. AMREE, Madrid a Buenos Aires, notas de 17, 21 y 28 de noviembre de 1947. En cambio, poco fue lo que logró de Truman; cfr. A. Viñas, *En las garras del águila*, cit., pp. 39-54.

que mostrarse fuerte, y absolutamente capaz de convencer a sus interlocutores de América y de Europa de que era un arma más segura y conveniente que la alianza con Washington para la contención del comunismo, para la promoción del desarrollo y la justicia social y para la protección de la cristiandad. No era poco, en vista del tipo de equilibrio alcanzado en el mundo de la inmediata posguerra. Entonces apareció el plan Marshall, el instrumento capaz de medir las ambiciones que confluían en la Tercera Posición.¹⁰⁹

Perón confió al principio en que la Argentina, necesitada de dólares que le permitieran financiar su ambiciosa política industrial, gozaría también de las ventajas del plan, bajo la forma de masivas compras de trigo y carne para abastecer a sus beneficiarios. Pero no fue así, a causa de la hostilidad de Washington hacia sus intenciones políticas, su economía dirigista y los exagerados precios que pretendía Miguel Miranda.¹¹⁰ En todo caso, el plan Marshall le pareció también, en otro plano, una suerte de test para la Tercera Posición, y una ocasión adecuada para ensalzar las virtudes de ésta. Pero sucedió que aquellos países latinos que, como Italia, Francia y Portugal, comenzaban a recibir recursos en cantidad, optaron por sepultar cualquier eventual interés que hubieran tenido por los cantos de sirenas peronistas. Vale decir que con el plan, ridiculizado por Miranda y escarnecido por Perón,¹¹¹ la tercera vía peronista perdió buena parte de sus horizontes europeos, y fue “reamericanizándose” cada vez más. Perón pensó de todos modos que todavía la Tercera Posición brindaba una alternativa a los excluidos o marginados del plan, como España y los países de América latina. Cubrió entonces de créditos a Franco, como una “neta y hasta brutal réplica”¹¹² a la exclusión de España del plan Marshall. También explicó a Washington que la Argentina y el *justicialismo* salvarían a los países latinoamericanos de la miseria y el comunismo,¹¹³ al tiempo que maldecía el egoísmo mercantilista yanqui y anunciaba un “plan Perón”, y el inminente nacimiento de un “área del peso”.¹¹⁴ Según el embajador argentino en Washington, los vecinos obtendrían las mayores ventajas si adoptaban la doctrina de Perón.¹¹⁵ El senador

109. G. J. Dorn, “«Bruce Plan» and Marshall Plan: the United States’s disguised intervention against peronism in Argentina, 1947-1950.” *International History Review*, 21(2), 1999, pp. 331-51.

110. AMREC, Buenos Aires a Santiago, 12 de noviembre y 6 de diciembre de 1948; la respuesta de Perón fue firmar acuerdos comerciales con algunos países comunistas; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 12 de junio de 1948; AMREP, Buenos Aires a Lima, 16 de junio de 1948.

111. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 3 de abril de 1948; AMREC, Buenos Aires a Santiago, 6 de diciembre de 1948.

112. A. Viñas, *En las garras del águila*, cit., p. 141; AMREE, Buenos Aires a Madrid, 30 de setiembre de 1947 y 3 de abril de 1948.

113. J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, cit., p. 205.

114. AMAEI, Buenos Aires a Roma, 24 de junio y 23 de julio de 1948.

115. AMREA, Washington a Buenos Aires, 8 de octubre de 1947.

Molinari, diligente apóstol de la creación de un área de influencia argentina, no hizo esfuerzo alguno por moderarse: su gobierno, sostuvo, abriría bancos comerciales en distintos puntos del hemisferio –sin excluir los Estados Unidos– que estuvieran necesitados de “capitales, alimentos y materias primas”, todo lo cual abundaba en la Argentina.¹¹⁶ Arpesani, embajador italiano en Buenos Aires, se preguntaba cómo era posible imaginar siquiera que la Argentina, escasa tanto de mercado interno como de industrias básicas y de fuentes energéticas, y que ya se hallaba en dificultades para cumplir sus propios planes de desarrollo, iba a poder librar a los países latinos de su “apabullante dependencia” de los anglosajones.¹¹⁷

4. De cómo Perón perdió a Europa, y la Argentina se “reamericanizó”

Perón permaneció fiel a la Tercera Posición, sin modificarle la naturaleza ni los límites; ya se ha dicho que era el corazón de su Revolución. En Bogotá, en abril de 1948, donde nació la Organización de Estados Americanos, tuvo una jugosa oportunidad de ratificar su significado. Allí, en efecto, la Argentina se batió con todos los medios posibles para impedir el menoscabo a la soberanía de los estados. Más aun: intuyendo que los Estados Unidos, absortos en el plan Marshall, desatenderían las expectativas de los países latinos de América se lanzó contra la cooperación multilateral, propiciada por Washington como medio de obtener campo libre para su “tentacular” influencia económica. Perón gustaba definir a esta política como “sanmartiniana”; la Argentina, pensaba, rica en recursos y capitales y robustecida por el rechazo de sus vecinos a la pesada dependencia de los Estados Unidos, se convertiría en el faro de la integración económica hispanoamericana.¹¹⁸ La unión espiritual entre los países latinos descansaría así sobre una necesaria comunión de intereses. ¿No hacían otro tanto acaso, observaba Perón, los propios anglosajones?¹¹⁹

Lo mismo podía decirse de la lucha contra el comunismo. Truman había supuesto que de Bogotá saldría una declaración anticomunista, y era evidente que presionaba a los gobiernos de los demás países de América para que rompieran con la Unión Soviética y proscribieran a los partidos comunistas en su suelo. Pero Perón no pensaba así, y se opuso. Los motivos que dio eran los bien sabidos: estaba seguro de que la única arma eficaz para reducir a los comunistas a la impotencia era su

116. “Declaraciones sorprendentes”, anotó el embajador chileno; AMREC, Buenos Aires a Santiago, 26 de mayo y 10 de julio de 1948.

117. AMAEI, Buenos Aires a Roma, 23 de julio de 1948.

118. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 30 de marzo y 8 de abril de 1948.

119. *La Prensa*, Buenos Aires, 1° de abril de 1948.

justicialismo, ese “nuevo estado argentino” que había podido detener el crecimiento del marxismo eliminando “la explotación capitalista” y mejorando en forma efectiva el nivel de vida de la población. Se preocupaba por puntualizar que su anticomunismo era a toda prueba, pero ello no significaba que estuviera dispuesto a adherir a “genéricos eslóganes anticomunistas e ideológicos” con el solo fin de “satisfacer la política exterior de Estados Unidos”, uniéndose al “rebaño” que respondía a las apelaciones de ese país. Pues en efecto él, Perón, con la bandera de la independencia hispanoamericana bien firme en sus manos, era el más resistente dique que pudiera oponerse al comunismo; él era quien impedía a los comunistas adjudicarse los méritos de la lucha antiimperialista de los pueblos latinos. Y eso era válido tanto en las Américas como en la Europa latina, donde no creía Perón que los norteamericanos tuvieran fuerza, determinación y tacto suficientes para contrarrestar la marea comunista.¹²⁰ El espejismo del bloque latino seguía brillando, pues, y a tal punto que en mayo de 1948, mientras el resultado de las elecciones en Italia sancionaba el triunfo de la estrategia estadounidense, • Bramuglia entrelazaba morosas conversaciones con los españoles, imaginando un escenario en el que España, sostenida por Perón, se alzaba como nueva plataforma para el resurgimiento de Europa, lista para recibir con los brazos abiertos a Francia y a Italia. En realidad, ni una ni otra querían saber nada de Franco.¹²¹ Y en América del Sur la situación era más o menos igual: el espectro de un bloque con sede en Buenos Aires no dejaba de inquietar por igual a estadounidenses y brasileños, decididos a todo con tal de doblar las ambiciones de Perón que, estaban seguros, se disponía a engullir de un solo bocado a sus vecinos pequeños y pobres.¹²²

Nada había que temer, prorrumpió Perón, hablando a los brasileños.¹²³ La Tercera Posición era la casa de todos, y la serie de rumores sobre propósitos amenazadores de los argentinos era cosa del “imperialismo capitalista”, consciente de que, unidos, “vamos a formar un bloque sólido e invencible”. “Organicémonos”, les dijo, “como hacen los eslavos, los germanos, los anglosajones, para ocupar nuestro lugar en el concierto mundial”. ¿Cómo olvidar “que somos latinos, y aun quien no lo es por

120. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 16 de enero y 3 de abril de 1948.

• Las primeras elecciones de la República Italiana, que dieron la mayoría a los democristianos de De Gasperi. Se suponía que un triunfo de la izquierda podría desencadenar la revolución y la realineación de Italia junto al bloque marxista, o bien la guerra civil, tras un golpe de Estado digitado por las potencias aliadas [T.].

121. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 14 de mayo de 1948.

122. En Bogotá hubo discusiones sobre bloques regionales; Bramuglia las refirió a los españoles; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 3 de junio de 1948.

123. *Folha Carioca*, 10 de octubre de 1948; AMREC, Buenos Aires a Santiago, 11 de octubre de 1948.

sangre lo es por religión, tradición y costumbres, porque como nosotros ha heredado la grande y sacra civilización cristiana, que nos llega a través de la latinidad”? ¿Cómo no ver en la Tercera Posición, proseguía, “el sentido cristiano de justicia social”? ¿El mundo se hallaba dividido? “Sí, claro”, contestaba Perón; entre dos imperialismos, uno que era escenario de la explotación del hombre por el hombre, y el otro de la explotación del hombre por el Estado. En medio de ambos, Espada y Evangelio en mano, reinaba la Tercera Posición.¹²⁴ Y a quien le preguntara, como el diplomático y diputado franquista Luca de Tena, si ese “tercer bloque” animado de un “cristianismo activo” pugnaría por mantenerse ajeno a la órbita de las potencias, Perón respondía que por supuesto así debía ser, no solamente en la América hispana, sino en cualquier lugar donde se tuviera el propósito de expulsar a la hidra comunista, contra la cual estaba ya listo el antídoto *justicialista*.¹²⁵

Catolicismo, latinidad, justicia social, anticomunismo, antiimperialismo eran los ingredientes de la visión peronista del mundo. Pero el mundo, lejos de correr hacia esa guerra que Perón ya daba por cierta,¹²⁶ y que revelaría a los pueblos latinos la vastedad de miras de la Tercera Posición, iba acomodándose, aunque a los tumbos, en las trincheras de la Guerra Fría.¹²⁷ A medida que católicos y protestantes, latinos y anglosajones de Europa y América aprendían a superar sus viejas divisiones, para poder hacer frente al comunismo, Perón veía escurrírsele el agua por donde habría debido hacer navegar su nave.¹²⁸ Además, a la economía argentina le faltaba el aire; ya no había vacas gordas ni dólares en la caja. El camino que llevaba a Washington parecía ahora, antes que conveniente, inevitable, y la teoría de la Tercera Posición se estaba pareciendo cada vez más a una camisa de fuerza. Entonces comenzó el lento, embarazoso y zigzagueante proceso por el que se vio a Perón agachar la cabeza. Primero debió ratificar el tratado de defensa hemisférica; luego, apoyar la intervención de las Naciones Unidas en Corea; un proceso costoso, y generador de peligrosas grietas en la coherencia y la credibilidad de la Tercera Posición.¹²⁹ La propia política económica se ablandó, al punto de salir en búsqueda de capitales estadounidenses y de gestionar y obtener el anhelado crédito del

124. Son expresiones vertidas por Perón ante una delegación brasileña. Cfr. AMREC, Buenos Aires a Santiago, noviembre de 1948.

125. ABC, Madrid, 28 de noviembre de 1948.

126. Según precisó, la guerra estallaría entre abril y setiembre de 1950; AMREC, Buenos Aires a Santiago, 3 de marzo de 1950.

127. Como admitió Bramuglia, cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 22 de enero de 1949.

128. Tercera Posición y Pacto del Atlántico se daban de patadas, observó el embajador chileno; cfr. AMREC, Buenos Aires a Santiago, 28 de mayo de 1949.

129. Como fue puntualmente señalado, cfr. AMREC, Buenos Aires a Santiago, 7 y 20 de julio de 1950.

Eximbank norteamericano: en Washington observaban que ya la Tercera Posición se estaba volviendo inofensiva.¹³⁰

Perón, por su parte, no la había archivado. No podía ni quería hacerlo.¹³¹ Si no, ¿dónde habría ido a parar la “nueva Argentina”? No sería fácil explicar a los *descamisados*, bien nutridos de pan, amor a Perón y odio por los yanquis, el abandono de esa bandera; y, por otra parte, tampoco resultaría fácil engranar la marcha atrás para ir a engrosar la caravana de Occidente, en el preciso momento en que se montaba un religioso culto a la personalidad de Evita y Perón, nuevos santos de la soberanía nacional. Por lo demás, la Tercera Posición ya vivía con vida propia. La CGT, por ejemplo, se había lanzado a la conquista de los trabajadores latinoamericanos, que a juicio de Perón estaban ansiosos por librarse tanto del sindicalismo “comunista” al estilo de Lombardo Toledano como del “amarillo” representado por la estadounidense AFL (American Federation Labor). En la CGT pensaban que en Washington no se entendía que hubiera que “comprender a Iberoamérica tal como es” y que, si era natural que los Estados Unidos estuvieran a la cabeza de los países anglosajones, también lo era que el mundo latino girara alrededor de la Argentina.¹³² Tomada entre tan diferentes fuegos, la Tercera Posición se convirtió entonces en una cacofonía ensordecedora. De Buenos Aires hacia Washington partían los insultos más violentos y los reconocimientos más cálidos, presentados los unos como tributos que era necesario pagar para contentar a las masas peronistas, y los otros como actos de astuta simulación, que en modo alguno significaban el abandono de la vía revolucionaria cuando no, como magnánimos reconocimientos de Perón a la recuperación de la cordura por parte de los yanquis. Pero si en América iba empalideciendo el sol de la Tercera Posición, en Europa ya se había puesto hacía rato, si es que alguna vez había llegado a alzarse realmente sobre el horizonte. Y es que la pata europea de la Tercera Posición había sido siempre caprichosa y renqueante, y estaba predestinada a derrumbarse bajo los embates de la Guerra Fría, instancia que vio la erección de un nuevo y portentoso puente entre Estados Unidos y Europa, mientras se agrietaba y caía aquel que la historia había levantado más hacia el Sur, entre Europa y América latina.

Vale la pena preguntarse qué había sido de aquel gran club en el que Perón había tenido la ilusión de meter, bajo la paternal mirada pontificia, a franceses e italianos, españoles y portugueses. Francia, por ejemplo, no podía quejarse de que

130. AMREC, Washington a Santiago, 8 de abril de 1950; AMREE, Washington a Madrid, 28 de octubre de 1950.

131. AMREE, Washington a Madrid, 11 de mayo de 1950.

132. Véase en AMREC, Buenos Aires, a Santiago, 27 de agosto de 1948, la carta de F. Zapata, dirigente de la CGT, al presidente de la AFL W. Green.

le hubiera faltado ayuda o manifestaciones de interés mientras andaba dando manotazos de ciego entre las ruinas de los bombardeos; con todo, la idea de un bloque latino con capital en Buenos Aires no resultaba en modo alguno atrayente para los franceses, por mil comprensibles razones. Es cierto que en París había, sobre todo entre los socialistas, una verdadera floración de cultores de un posible camino alternativo entre los dos bloques nacientes, y que no faltó quien subrayara la afinidad de esa postura con los planes peronistas.¹³³ Sin embargo, era impensable un entendimiento entre esos grupos y Perón, entre la atmósfera gala cargada de antifascismo y la argentina que soportaba el estigma de “fascista”, vuelto a poner de actualidad por las recientes manifestaciones de amor hacia Franco. Todo eso era bien sabido y, por si hubiera dudas, quedó remachado por el evidente fastidio francés ante la visita de Eva Perón, correlativo del enconado desprecio de ella por ese aire parisiense denso de “comunismo”. La idea de que Francia, rescatada de la vergonzosa derrota para ser admitida a la mesa de los vencedores, otra vez en posesión de su gran imperio transoceánico y rígida en su actitud de *grandeur*, pudiera estrechar filas con Franco a la sombra de los muros del Vaticano, con el objeto de contribuir al cuidado de la débil planta de la Tercera Posición peronista, era enteramente ficticia. Los temas que atormentaban a Francia, las piedras de molino que la mantenían bien atornillada a Europa y América del Norte, eran su reconstrucción, sus colonias, Alemania. La latinidad le importaba, y mucho, pero no en dependencia de Perón, y mucho menos si aparecía confundida con la hispanidad.

Lo que era cierto para Francia lo era mucho más para la Italia derrotada, ocupada y llena de preocupación por el destino que pudieran querer asignarle sus vencedores. La guerra la había despojado de buena parte del capital político antes poseído en América latina, y los resultados la obligaban ahora a estar entre quienes con más ansia se aferraban al puente tendido entre Europa y los Estados Unidos. La autonomía de que disponía era mínima, sobre todo porque las penosas condiciones económicas en que se encontraba, y su delicada situación geográfica, en el borde de los dos bloques enfrentados, hacían de ella una pieza frágil pero vital de la Guerra Fría. Por todo ello, no estaba en modo alguno dispuesta a embarcarse en la aventura de la Tercera Posición. Ciertamente la historia había unido a Italia y la Argentina con amarras de acero, que Perón hizo lo posible por afianzar y que De Gasperi, el político italiano de mayor peso, no tenía ningún interés en cercenar. Desde alimentos a créditos, desde ventajas comerciales a apoyo diplomático, de la amistosa acogida a los inmigrantes a las generosas donaciones de Eva Perón, ciertamente la “nueva Argentina” no mezquinó esfuerzos para halagar a Italia, y para atraérsela a su

133. AMREC, Buenos Aires a Santiago, 28 de mayo de 1949.

campo. Además, en esa acción parecía gozar de la aprobación del Vaticano, por lo menos mientras no se hicieron bien conocidos los propósitos norteamericanos con relación a Europa. Como forma de cultivar esa aprobación, el gobierno argentino acogía las reiteradas sugerencias del Pontífice de ayudar a Italia; por ejemplo, dando un trato de privilegio a la inmigración italiana, y haciéndose incluso el propósito de reservar cupos a trabajadores católicos, acompañados por un conspicuo número de sacerdotes.¹³⁴ El gobierno de Roma, pensaba Perón, lleno de reconocimiento ante tanto amor, probablemente bajaría un poco la guardia respecto de Franco: limar asperezas, subsanar rupturas, era una condición indispensable para que las naciones latinas y católicas pudieran afirmar su “personalidad” ante los anglosajones.¹³⁵

Pero Perón pudo conocer muy pronto las limitaciones de su influencia en Italia, y la profundidad del abismo que la guerra había abierto entre los destinos de ambos países. Según comprobó, una cosa era reanimar el vínculo espiritual y otra muy distinta lograr que Italia adoptara la Tercera Posición. Bien lo reveló la furia de Eva por las maneras gélidamente corteses del gobierno italiano,¹³⁶ en especial de De Gasperi, que por otra parte acababa de regresar de un viaje a Washington que había servido para sellar la adhesión italiana al Pacto Atlántico. En verdad Alcide De Gasperi, moderado, demócrata, prooccidental, era la antítesis de Perón, que en comparación aparecía como el epígono del antiguo catolicismo corporativo e hispanista; así debía aparecer, sobre todo, a ojos de Truman, que en esa suerte de “unión sagrada” de los pueblos latinos, en la que se incluía a la España franquista, veía alzarse una sombra amenazadora para el catolicismo de tendencia democrática.¹³⁷ Dada la posición que ocupaba Italia, considerando además que eran los norteamericanos quienes habían liberado el país y teniendo en cuenta también el peso que significaba la Santa Sede, era de esperar que los italianos siguieran los pasos de Truman y Pío XII. Desde el año 1947 uno y otro, movidos por la Guerra Fría, estuvieron en unión cada vez más estrecha; los dos concordaron en cuanto al ingreso de Italia en el plan Marshall y en el Pacto Atlántico, por el que el Vaticano, discretamente, ya había tomado

134. AMREE, Santa Sede a Madrid, 13 de diciembre de 1946 y 31 de enero de 1947; AMREE, Roma a Madrid, 21 de febrero de 1947. Una Comisión de Emigración argentina, dirigida por el padre Silva, un salesiano muy próximo a Perón, fue recibida y alentada por Pío XII.

135. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 17 de mayo de 1947; Bramuglia también se lo dijo al embajador francés.

136. A Evita, Italia le pareció en proceso de descomposición; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 19 de setiembre de 1947.

137. AMREE, Santa Sede a Madrid, 5 de mayo de 1948.

partido.¹³⁸ Así, poco campo quedaba en Italia para la predicación peronista de la Tercera Posición, y menos aún desde el momento en que ésta, que empezaba a desinflarse por sí sola, llegó a transformarse poco menos que en un búmeran. Para dar un ejemplo, el tema de la inmigración fue pronto una fuente de tensiones entre Roma y Buenos Aires, y de descontento con el Vaticano. Surgieron mil problemas: el gobierno argentino no había dado hospitalidad garantizada, los sindicatos italianos se alzaron en llamas contra los criterios confesionales de selección de inmigrantes, surgió un escándalo que obligó a Perón a decapitar la Comisión para la Emigración.¹³⁹ No sorprende, entonces, la ironía acerca de la Tercera Posición del embajador italiano acreditado en Buenos Aires; ni que el gobierno de De Gasperi diera instrucciones en dos sentidos a sus representantes que cruzaban el Atlántico: silencio sobre la Tercera Posición, no formular ninguna queja respecto de los Estados Unidos.¹⁴⁰

Los frutos que había sido imposible recoger en París y en Roma también se mostraron esquivos en Lisboa. Y pensar que Perón y los suyos se habían visto atraídos desde un principio por el corporativismo católico portugués, al punto que Oliveira Salazar aparecía ante ellos como un candidato natural a la Tercera Posición. Esa presunción se robustecía por el hecho de que el dictador portugués abrigaba grandes sospechas sobre las reales intenciones de los norteamericanos: se preguntaba si no habría un proyecto imperialista oculto, que pudiera amenazar las colonias portuguesas de África.¹⁴¹ Salazar temía también que la oleada demoliberal que barría a Europa occidental terminara por erosionar su régimen, o lo obligara a adecuarse a las circunstancias. Lo cierto es que apenas se le ofreció subir al tren del bloque occidental, vedado todavía para Franco, aceptó de buena gana, quitándose así de encima el tremendo peso de un aislamiento en todo similar al que seguía padeciendo su vecino ibérico. Portugal era más pequeño e inofensivo que España, podía ofrecer ventajas militares preciosas, cultivaba desde siempre estrechas relaciones con los ingleses y, además, su neutralidad durante la guerra no había estado manchada, como en el caso español, con la infamante marca del

138. Cfr. D. Kirby (ed.), *Religion and the Cold War*, cit.; AMREE, Ministerio de Asuntos Exteriores, Dirección de Santa Sede, 23 de marzo de 1949.

139. AMREA, Santa Sede a Buenos Aires, 16 de mayo de 1948, 30 de marzo de 1949; AMREC, Buenos Aires a Santiago, 27 de junio de 1947; AMREE, Roma a Madrid, 3 de julio de 1947.

140. AMREI, Buenos Aires a Roma, 23 de julio de 1948; A. Albonico, "Italia y Argentina, 1943-1955: política, emigración e información periodística", *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*. 3(1), enero-junio 1992, pp. 41-58.

141. F. Nogueira, *Salazar*. Tomo IV, *O ataque (1945-1958)*, C. Ed. do Minho, 4ª ed., Barcelos 2000, p. 89.

colaboracionismo con el Eje. Era sin duda una dictadura, pero su ingreso en el frente anticomunista no alzaba tanta resistencia en Estados Unidos y Europa. Tampoco le faltaba quien le extendiera garantías: el nuncio apostólico en Lisboa informó al enviado del presidente Truman que Salazar estaba haciendo bien las cosas, y los portugueses no la pasaban del todo mal. Comprendía, claro, las críticas formuladas a los regímenes ibéricos, pero la democracia de tipo anglosajón, recordaba, había costado largos esfuerzos. Paciencia, pues, y sobre todo unidad del Occidente cristiano contra el comunismo. ¿No había mostrado ya Portugal su buena voluntad, aceptando el pedido estadounidense de instalar una base militar en las Azores?¹⁴² De modo que también Salazar se cuidó de no abrazar la Tercera Posición y, velando por el pellejo de su régimen, fue a ocupar el puesto que le tenían reservado en el plan Marshall y en la Alianza Atlántica, adecuándose debidamente a las exigencias de la bipolaridad. Por otra parte, no cabría decir aquí que entre *O Estado Novo* y la Nueva Argentina hubiera habido ningún estallido de pasión. Al contrario, el entendimiento que se insinuaba al término de la guerra se transformó pronto en desconfianza y desilusión. Por más que exhibieran una misma matriz católica y corporativa, a mitad de camino entre comunismo y liberalismo, los dos regímenes vinieron a descubrir que en realidad no se parecían mucho. Esa gris dictadura sin pueblo, basada en el incienso y en las campañas de propaganda, no podía ser del gusto de Perón, hombre de armas e industrialista, ni menos del de Evita, ídolo de los *descamisados*. ¿Qué podía tener en común con la épica emancipación de los trabajadores llevada a cabo por el peronismo?¹⁴³ A su vez, Salazar tampoco estaba dispuesto a desvivirse por ese caudillo rico y prepotente, cuyos “agregados obreros” intentaban sembrar el evangelio *justicialista* en las fábricas de Portugal. ¿Qué pretendía? ¿Exportar la Revolución? ¿Plantar las raíces de un nuevo, invasivo Imperio latino?¹⁴⁴

El inescrupuloso uso del arma alimentaria tampoco había resultado un trago grato para el gobierno portugués. En vista de las promesas argentinas, los portugueses habían hecho oídos sordos en un principio a los esfuerzos del primer organismo multilateral europeo creado durante la posguerra, el *Emergency Economic Committee for Europe*, para que Perón congelara el precio de los granos que exportaba. Pero pronto se mostraron plenamente de acuerdo con los criterios de ese organismo. Los exorbitantes precios fijados por Miranda a los cereales de La Pampa eran, en opinión de la Cancillería de Lisboa, “una

142. E. Di Nolfo, *Vaticano e Stati Uniti*, cit., pp. 554-7.

143. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 19 de setiembre de 1947.

144. AMNEP, Repartição dos Negócios Políticos, 11 de julio de 1952; AMNEP, Madrid, Embajada de la Argentina a Embaixada do Portugal, 9 de diciembre de 1947.

verdadera especulación”.¹⁴⁵ Puede que los fondos obtenidos por ese medio hayan servido para financiar el plan quinquenal de Perón, pero lo cierto es que esa política de precios sembraba el fastidio entre los interlocutores de la Argentina, y hacía inútiles los esfuerzos de Bramuglia por llevar agua al molino de la Tercera Posición.¹⁴⁶ En fin, Portugal siguió estando bajo la mira de Perón, pero se mostró cada vez más prudente, y se guardó bien de dar algún paso sin antes ponerse de acuerdo con España.¹⁴⁷ Por otra parte, entre los temores de Salazar estaba el de que el nuevo eje Madrid-Buenos Aires viniera a desplazar al que habían formado los dos estados ibéricos. No estaría mal entonces poder demostrar a Franco que Portugal, robustecido por sus buenas relaciones con ingleses y norteamericanos, podía ser un útil contrapeso a la dependencia que, quiera que no, se iba perfilando respecto de la Argentina de Perón.¹⁴⁸ De modo que la influencia combinada de Perón y de la Guerra Fría, en lugar de impulsar a Salazar a abrazar la Tercera Posición, lo llevó a refugiarse en la más amplia trinchera del Occidente cristiano, y a entrar en competencia con la Argentina por ganarse el reconocimiento de España.

Así, hacia 1947, el único puntal real de la Tercera Posición en Europa era España que, sin embargo, trepidaba más de lo que hubiera podido deducirse de la pompa grandilocuente de la amistad entre Franco y Perón. De hecho, pronto el apoyo se derrumbó, haciendo que Europa se desvaneciera del horizonte de Perón. Unos pocos meses fueron suficientes para que una negra noche descendiera entre Madrid y Buenos Aires, para que se evaporaran los gloriosos recuerdos del viaje de Eva a España y de la visita del ministro Artajo a Buenos Aires, y para que el redoble de tambores que había saludado la firma del protocolo Franco-Perón quedara reducido a un tenue zumbido. Perón debió abandonar su sueño de hacer estallar, mediante su viaje a Madrid, “un gran trueno sobre el tablero de ajedrez mundial”.¹⁴⁹ Así se quebró el “pequeño Eje” latino, y sus componentes se fragmentaron en partes diferentes, que seguirían cada cual su camino. Existían, por cierto, problemas económicos, los mismos que habían llevado a más de uno a juzgar que la Tercera Posición era una infatuada quimera, un paso más largo de lo que permitía la pierna.

145. AMNEP, Ministério dos Negócios Estrangeiros. Direção Geral dos Negócios Económicos e Consulares, 5 de agosto de 1946.

146. Es sabido que Bramuglia y Miranda se llevaban “como perro y gato”; cfr. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 30 de julio de 1948.

147. AMNEP, Londres a Lisboa, 3 de agosto de 1947; AMREA, Lisboa a Buenos Aires, 9 de agosto de 1948.

148. F. Nogueira, *Salazar*, cit., p. 108.

149. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 3 de abril de 1948.

“Por desgracia”, escribía el nuevo canciller argentino, Jesús H. Paz, a su colega español, a fines de 1949, “no podremos seguir honrando nuestros acuerdos comerciales.”¹⁵⁰ El anuncio no hablaba de la situación a un año, sino a partir del día siguiente. Esos compromisos, recordaba el ministro, habían sido la generosa prenda del vínculo espiritual que unía a la Argentina con la Madre Patria, pero ahora las dificultades financieras obligaban al gobierno de Perón a concentrarse en el saneamiento de la economía nacional. Ociosamente agregaba Paz, joven y fugaz meteoro político que desde hacía poco reemplazaba al mucho más firme y avezado Bramuglia, que “la indisoluble comunión de ideales y de espíritu” entre ambos países no se vería afectada. Era un piadoso manto tendido sobre la agonía de una alianza, y sobre el crepúsculo del sueño peronista de dar vida a una comunidad de naciones latinas de Europa y América.

Pero si bien es cierto que entre los dos países pesaba una disputa económica, surgida porque las crudas cifras obligaron a la Argentina a rever sus compromisos, las causas del divorcio fueron ante todo políticas, y lejos de estallar de pronto, en forma inesperada, habían ido creciendo poco a poco. Claro que Perón y Franco invocaban a la hispanidad y a la civilización católica, asediadas tanto por el comunismo como por la secularización y la bipolaridad; pero respecto de la naturaleza de la Tercera Vía católica, de sus fines y sus fronteras, sustentaban ideas diferentes, tanto como lo eran sus respectivos roles. Para Franco, las fronteras de la Tercera Posición eran demasiado extensas, vagas y peligrosas. ¿Con qué objeto, protestaban en Madrid, incluir en ella a Francia e Italia, sostenedora la primera de una latinidad hostil a la hispanidad, y reducida la segunda a tan poca cosa en las Américas que no parecía aconsejable intentar devolverle el peso que había perdido? Lo mejor sería abandonar la idea de un bloque latino, que tampoco los anglosajones miraban con simpatía, y pensar más bien en cultivar un bloque hispánico.¹⁵¹ Pero aquello que podía servirle a Franco para romper su aislamiento, y proyectar a la España católica al otro lado del océano, resultaba demasiado tímido y estrecho para Perón. Él no tenía ante sí la tarea de restaurar antiguas glorias, sino la de afirmar un liderazgo nuevo; no tenía que pensar en cómo salvar un régimen, sino en proyectar una ideología más allá de sus fronteras; no debía calmar a una gran potencia sino, en todo caso, plantearle desafíos. Por lo demás, en el ruidoso universo peronista no todos habían acogido con buen ánimo el reencuentro con la Madre Patria. Algunos se preguntaban qué ganaba la revolución peronista atándose al carro del franquismo. ¿No sería mejor superar el viejo “hispanismo” de los españoles? La hispanidad está

150. AMREA, Buenos Aires a Madrid, 27 de diciembre de 1949.

151. AMREE, Madrid a Buenos Aires, 21 de mayo de 1947.

en auge, y se habla mucho de ella, observaba Leonardo de Aldama, intelectual católico y funcionario peronista. Pero, ¿era de verdad una “vitamina” benéfica? ¿No era acaso la Argentina una singular mezcla de españoles e italianos, de sangre india y de influencias francesas? ¿No existía ya una argentinidad “que se nutría de combustibles de diversas procedencias”? Una argentinidad católica, sí, pero imbuida de justicia y caridad, no de la mística española del *imperium catholicum* levantado a costa de “la sangre de los paganos masacrados”.¹⁵² Y no era casual que su modo de expresión fuera la “justicia social” de Perón, tan ajena al sofocante clima represivo, antipopular y clerical que el padre Benítez, numen tutelar de Eva e ideólogo peronista, había respirado en Madrid, al punto de que, según decía, el pueblo español soportaba a Franco pero amaba a Perón.¹⁵³ Peronistas y franquistas se disputaban la conducción del orbe hispánico y católico, y tras las sonrisas se agazapaba la rivalidad. Aunque aislado y lleno de necesidades, Franco cultivaba ambiciones americanas;¹⁵⁴ mucho debía a la Argentina, pero no tanto como para cederle el papel de líder de la hispanidad. Sean bienvenidas las medidas en favor de España, decía Artajo en agosto de 1947, en referencia a esas iniciativas en las que más que nunca era pródigo Perón. Pero debía quedar claro, advertía enseguida, que España no concedía a nadie mandato para hablar en nombre suyo.¹⁵⁵ Es decir, que como nación libre y soberana no se dejaría condicionar por la gratitud. Opuestamente, también sucedía que Franco aportaba a Perón tantas alegrías como dolores. Era un puente con Europa, sin duda, y hacía creíble la Tercera Posición en el mundo católico; pero también era una molestia cuando de lo que se trataba era de cortejar a los obreros latinoamericanos, o de extender la influencia *justicialista* a lugares donde Franco era tabú, como por ejemplo México.¹⁵⁶

Aunque católicos y corporativos los dos, Franco y Perón se hallaban separados por muchas cosas; incluida la geografía, pues en caso de guerra a España le resultaría difícil permanecer neutral, mucho más que a la Argentina.¹⁵⁷ Eran diferentes los orígenes y las bases de sus respectivos regímenes, uno surgido de una violenta reacción conservadora y el otro de un golpe militar dirigido a prevenir la revolución social, arrebatándole sus posibles banderas. ¿Y la Guerra Fría? Franco estaba en ella como pez en el agua, viendo cómo venía a cumplir sus negros presagios, y a

152. L. de Aldama, *La hispanidad como problema y destino*, Universidad Nacional de Cuyo, 1948.

153. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 18 de junio de 1948; el embajador español llegó a pensar en hacer vigilar a ese hombre “agudo, malvado y sin escrúpulos”.

154. L. Delgado Gómez-Escalonilla, *Diplomacia franquista*, citado.

155. AMREE, Madrid a Buenos Aires, 20 de agosto de 1947.

156. AMREC, México a Santiago, 23 de febrero de 1949.

157. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 16 de enero de 1948.

proporcionarle una posibilidad de salir de su aislamiento; para Perón, en cambio, era una peste que haría incontrastable el dominio estadounidense sobre América latina. Franco se afanaba por volver con gloria al seno de Occidente; Perón representaba con maestría su papel de “oveja negra”, haciéndolo tremolar al viento como un estandarte. Hasta en el anticomunismo eran diferentes: para Franco constituía su carné de pertenencia a la ciudadanía occidental; para Perón, una certificación de Tercera Vía *justicialista*. Era inevitable que tan grandes diferencias desgastaran el connubio, a medida que la Guerra Fría remodelaba el globo y forzaba decisiones. Un termómetro sensibilísimo registraba la temperatura de esa relación: los vínculos con Estados Unidos. Pronto hubo evidencia de fiebre, lo que revelaba que cualquier pequeña grieta que España lograra abrir en la coraza estadounidense era como una fisura en el eje con la Argentina, y que cualquier paso que España diera en dirección de la alianza occidental asestaría un golpe mortífero a la Tercera Posición. Nada de esto era un misterio; la cáustica profecía del padre Benítez, a mediados de 1948, fue que España no esperaba otra cosa que entregarse a los Estados Unidos, aunque tuviera que pagar por ello el precio de romper su incómoda amistad con el peronismo.¹⁵⁸ En cabeza de la cruzada que pretendía zurcir la brecha existente entre Estados Unidos y España marchaban la Iglesia y los católicos, nada menos; precisamente el grupo en cuyo nombre había izado Perón la bandera de la Tercera Posición. Y justamente a su frente se situaba el cardenal Spellman, con quien mucho contaba Franco para convencer a Truman de que España tenía un papel clave “en la defensa de la civilización cristiana en el Occidente europeo”.¹⁵⁹ Era cuestión, pues, como dijo Franco en mayo de 1949, de dar mil gracias a Hispanoamérica, tan generosa con la Madre Patria; pero la España que él conducía volvería también sus ojos a Washington.¹⁶⁰

Hemos sugerido ya que la Iglesia y la Santa Sede tenían la misión de asumir buena parte de la tarea de sostener la estructura de la Tercera Posición, y de señalar el lugar de refugio para las naciones católicas que desearan escapar de la opresión de la bipolaridad. Al hacer su pomposo anuncio de la Tercera Posición al mundo entero, Perón había situado al Vaticano en la cumbre del grupo de destinatarios, aun sabiendo que disgustaría a aquellos que en América latina no sentían especial amor por el Papado.¹⁶¹ Tampoco perdió ocasión alguna de vestir los ropajes de estadista devoto, comprometido en “dar orientación cristiana y católica a toda la

158. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 18 de junio de 1948.

159. AMREE, Santa Sede a Madrid, 28 de diciembre de 1948.

160. AMREE, Santa Sede a Madrid, 21 de mayo de 1949; el embajador español en el Vaticano, Joaquín Ruiz-Giménez, subrayó precisamente ese pasaje de las palabras de Franco.

161. AMNEP, México a Lisboa, 30 de julio de 1947.

vida nacional”.¹⁶² En los círculos diplomáticos nadie ponía en duda la sintonía entre Perón y el Papa.¹⁶³ Sólo que el Vaticano, poquito a poco, empezó a echar agua helada sobre los ardores terceristas del caudillo argentino. Ya convencido Pío XII del desafío mortal que representaba el comunismo, y de la decisión de Truman de valerse del cristianismo –más aún que del liberalismo– para combatir a los comunistas,¹⁶⁴ se empeñó en orientar a los católicos hacia una alianza con Estados Unidos. A todos los católicos, sin excluir al franquismo: podría fruncirse el ceño ante ese régimen, pero lo cierto era que Franco, a diferencia de Perón, no pedía otra cosa que unirse a la cruzada anticomunista, sin cuestionar la conducción, ni los modos, ni los fines.¹⁶⁵ Fue así que la Santa Sede comenzó a aportar al molino de Occidente el agua que sustraía de la estancada cuenca de la Tercera Posición. Más aún; la insistencia argentina en la Tercera Vía empezó a sonar en los oídos vaticanos como una forma obcecada y sospechosa de minar la unidad anticomunista occidental. Sobre el entendimiento de Perón y Pío XII, minado ya por el imperturbable regalismo peronista, vinieron a adensarse nuevas nubes. Por eso a fines de 1948, en el momento en que los dos bloques se galvanizaban en torno al problema de Berlín, todo cuanto a ojos del Vaticano había parecido digno de incienso en Perón empezó a ser visto bajo otra luz: el trigo abundaba ahora, y no se necesitaban tan desesperadamente los suministros de la Argentina, que además habían alcanzado precios prohibitivos; la emigración hacia el Río de la Plata había sido menor de lo esperado, y su manejo no había satisfecho gran cosa al Vaticano;¹⁶⁶ Perón se aprestaba a mantener la institución del Patronato en la nueva Constitución, cosa que irritaba al Papa y sembraba dudas sobre los fines y la buena fe de su gobierno. Tampoco el crónico tira y afloja con Estados Unidos contaba con muchos admiradores a la sombra de San Pedro: lo único que lograba era causar perjuicios, observaba monseñor Lombardi, de la Secretaría de Estado vaticana.¹⁶⁷ Y algo más: el creciente peso, en el Vaticano y en América latina, de la Iglesia Católica de Estados Unidos no era precisamente confirmatorio de la rígida distinción peronista entre una América católica y otra protestante, latina la una, anglosajona la otra, y ambas impermeables

162. Según lo informó el padre Sepich, religioso argentino, al cardenal Tardini, vicesecretario de Estado del Vaticano; AMREA, Santa Sede a Buenos Aires, 14 de julio de 1949.

163. AMREC, Buenos Aires a Santiago, 3 de junio de 1948.

164. Cfr. el intercambio epistolar Truman-Pío XII durante el verano (boreal) de 1948, en E. Di Nolfo, *Vaticano e Stati Uniti*, cit., pp. 582-5, 599-600.

165. Cfr. AMREC, Santa Sede a Santiago, 17 de febrero de 1948; E. Di Nolfo, *Vaticano e Stati Uniti*, cit., pp. 561-2, 617-8.

166. AMREC, Santa Sede a Santiago, 10 de octubre de 1948; AMREA, Santa Sede a Buenos Aires, 30 de marzo de 1949.

167. AMREA, Santa Sede a Buenos Aires, 13 de octubre de 1948.

entre sí. Y el constante accionar del cardenal Spellman servía de alimento al panamericanismo, en perjuicio de los conceptos de hispanidad y latinidad.¹⁶⁸

Así fue que a comienzos de 1949, directamente enfrentados Perón y Pío XII por el tema del Patronato,¹⁶⁹ vino a plantearse también la cuestión de la Tercera Posición: ¿cómo se podría conciliar su espíritu neutralista y su tendencia antiestadounidense con los esfuerzos que la Santa Sede estaba realizando para fundir a las naciones católicas en el seno de la alianza occidental?¹⁷⁰ Sobre todo porque ya en 1948 el fantasma del comunismo parecía estar insinuándose también en América latina, lo que llevó a Truman a tomar contramedidas enérgicas, y al Papa a cursar felicitaciones a la Casa Blanca y a gobiernos como el chileno, decididos a romper con Moscú y reprimir a los comunistas locales.¹⁷¹ Pronto resultó evidente el fastidio del pontífice, reflejado en el desgaste cada vez más evidente de las relaciones entre la pareja presidencial argentina y el nuncio apostólico en Buenos Aires. En el Vaticano, por ejemplo, no habían caído bien las acusaciones de Perón a Estados Unidos a propósito del asesinato en Bogotá de Jorge Eliécer Gaitán, caudillo de masas y presunto émulo de Perón en Colombia; el disgusto era tanto mayor porque en círculos occidentales se culpaba de ese homicidio al “comunismo internacional”. La Santa Sede no se preocupó gran cosa por ocultar su relativo escepticismo ante la noticia del intento de atentado contra Perón y Evita. Prefirió no comentar las violentas acusaciones dirigidas contra Washington por el presidente argentino, y se limitó a participar con cortés frialdad de las ceremonias organizadas para celebrar el desbaratamiento de la intentona contra la embajada argentina en el Vaticano; eso sí, mostró su disgusto por el arresto de tres sacerdotes sospechados de participar en el complot, y por el escándalo que la prensa peronista había desatado al respecto.¹⁷² Pío XII se guardó bien, incluso, de interrumpir sus ejercicios espirituales para recibir en audiencia, a fines de 1948, al ministro Bramuglia.¹⁷³ Por último, nada molestaba tanto como la terquedad con que Perón asignaba las más delicadas misiones ante la Santa Sede a religiosos de probada fe peronista. En el Vaticano, eso parecía confirmar el incorregible propósito del presidente de peronizar al clero

168. AMREE, Buenos Aires a Madrid, 13 de noviembre de 1947.

169. L. Zanatta, “La reforma faltante...”, citado.

170. Véase la posición en tal sentido de monseñor Montini, futuro papa Paulo VI, en AMREE, Dirección de Santa Sede, Informe para la Junta de Política Exterior, 23 de marzo de 1949.

171. E. Di Nolfo, *Vaticano e Stati Uniti*, cit., pp. 533-4; AMREC, Santa Sede a Santiago, 29 de diciembre de 1948.

172. AMREC, Santa Sede a Santiago, 10 de octubre de 1948.

173. AMREC, Santa Sede a Santiago, 14 de diciembre de 1948.

católico.¹⁷⁴ Se comprende, pues, que la Tercera Posición disgustara ya a la Santa Sede, y que Pío XII le negara el patrocinio moral con que Perón había contado. Como escribió José Vasconcelos, el célebre intelectual mexicano recientemente devenido en numen del catolicismo latinoamericano, lo cierto era que la Tercera Posición, nacida noble y cristalina de la sacrosanta lucha de Perón con los poderosos de la Argentina, era “comprensible” si se tenía en cuenta el desdén hacia América latina de muchos que de ella habían recibido ayudas y simpatía; sin embargo, se volvía “inaceptable” y “sospechosa” de comunismo cuando pugnaba por la neutralidad en un mundo dividido en bloques. ¿Cómo no preguntarse, entonces, si la Argentina cumpliría su deber frente a los Sóviets “junto a la civilización católica y occidental”?¹⁷⁵

Epílogo

La mística de la Tercera Posición, predicada por los potentes medios con que contaba el peronismo, llegó a su cenit cuando ya corrían los años '50. Prensa, radio y actos políticos entonaban a coro, entre ríos de dinero y de propaganda, que el *justicialismo*, de triunfo en triunfo, iba abriéndose camino entre los bloques a medida que sus virtudes se revelaban al mundo. Ciertamente no había aire de velorio para la Tercera Posición, que no en vano expresaba, en el fondo, un fastidio ante el bipolarismo que estaba vivo en cualquier latitud. Por eso tuvo sus reavivamientos, y sus momentos de gloria, cada vez que un nuevo éxito como el de Vargas en Brasil, el de Ibáñez en Chile, el de Paz Estenssoro en Bolivia, el de Velasco Ibarra en el Ecuador o el de Rojas Pinilla en Colombia, entre otros, parecían darle nuevo aliento. En realidad, la Tercera Posición agonizaba, porque la economía argentina estaba sin aire y a duras penas se bastaba para pagar los costos de sostenerla, porque los Estados Unidos remaban contra ella con todas sus fuerzas, porque muchos gobiernos abrigaban dudas respecto del altruismo de Perón, porque había tantas “terceras posiciones” como nacionalismos y, en fin, por muchas otras razones. Pero la principal de las causas de su decadencia era que la Guerra Fría le sustraía seguidores y aire; y esa había sido también la razón de que la Tercera Posición se modificara poco a poco. Perón, desde luego, seguía invocando la unidad de los pueblos latinos y católicos del Viejo y del Nuevo Mundo; sin embargo, Europa ya estaba perdida. La Guerra Fría había cortado el cordón umbilical que unía a la Tercera Posición con su

174. Véase el caso del padre Prato, mercedario, en AMREA, Santa Sede a Buenos Aires, 13 de agosto de 1949.

175. J. Vasconcelos, “La Tercera Posición”, *El Siglo*, Bogotá, 27 de julio de 1949.

base de sustentación europea. El nuevo y férreo vínculo surgido entre las dos orillas del Atlántico Norte, entre Estados Unidos y Europa, para hacer frente al comunismo y a la Unión Soviética, cubría con una nueva piel las partes que Perón había creído insanablemente lesionadas, latinos y anglosajones, católicos y protestantes, y comenzaba a fundirlas ahora en la más amplia unidad del “Occidente cristiano”. En el horizonte de la Guerra Fría ya había perdido significado y eficacia la visión peronista del mundo, que tan actual había sido todavía en vísperas de la segunda guerra mundial: visión centrada en el concepto de civilización latina, hispánica y católica, en lucha o, por lo menos, en competencia encarnizada con la anglosajona y protestante. Del árbol que había imaginado tan frondoso, Perón vio que le arrebatában poco a poco los frutos más preciados: Francia, Italia, Portugal, España misma y, por último, el más valioso de todos, la Santa Sede. Todos ellos habían ido a unirse a los Estados Unidos para combatir al comunismo en nombre de la cristiandad occidental, y maduraban ahora en la mesa del vecino.

Así, mientras seguía abrigando sueños de gloria y transitando inmensos escenarios, mientras su canciller Bramuglia triunfaba en las Naciones Unidas y su portavoz Molinari postulaba a Evita para los más importantes cargos, mientras se fantaseaba sobre la realización de una cumbre con De Gasperi y De Gaulle, y hasta sobre un posible *tête-à-tête* con Truman mismo, el implacable engranaje de la Guerra Fría terminó por triturar a Perón, y por reconducir a la Argentina a una dimensión más modesta.¹⁷⁶ La Tercera Posición se “reamericanizó”, en el sentido de que sus ropajes de civilización católica extendida por dos continentes tomaran cada vez más decididamente el tinte del nacionalismo latinoamericano, en tanto que el universalismo católico cedía por completo el paso al *justicialismo* argentino, y el etéreo hispanismo se diluía, dejando campo libre al más concreto sindicalismo. Así se desvaneció la Tercera Posición, perdida en mil contradicciones, desgarrada entre los imperativos económicos que empujaban a Perón hacia Washington y los ideológicos que lo obligaban a perseverar en el camino ya trazado. Porque, en efecto, ¿cómo abandonarla del todo sin renegar de sí mismo, de su pueblo, su historia y su propia razón de ser? Mientras tanto, el mundo que la mente y la diplomacia de Perón habían podido surcar a grandes zancadas se estaba volviendo demasiado grande para su “nueva Argentina”. Las costas latinas del Atlántico, que había tenido la ilusión de unir, iban distanciándose más y más, hasta que la ribera europea desapareció definitivamente de su vista. Ahora su único horizonte, el obligado término de su política, eran los Estados Unidos, su permanente obsesión, odiados y amados, criticados e imitados. De ese modo vino a dar la razón Perón al embajador

176. Cfr. AMREP, Buenos Aires a Lima, 23 de enero de 1948; AMREC, Santiago a Buenos Aires, 6 de diciembre de 1948; J. van der Karr, *Perón y los Estados Unidos*, cit., p. 190.

Messersmith, que ya en 1946 recomendaba agudamente empeñarse en “apartar la mirada argentina de Europa, adonde en la práctica ha estado siempre dirigida, en todos los campos, y orientarla hacia este hemisferio”.¹⁷⁷ Perón pudo empezar a palpar entonces hasta qué punto su política de *grandeur* le había dado popularidad, y al mismo tiempo lo había condenado a la esterilidad. Es probable que nunca llegara a comprender del todo que la guerra mundial había sido la causa del enésimo, largo y doloroso último paso argentino y latinoamericano por el camino que desde Europa conducía nuevamente hacia las Américas.

Resumen:

El presente trabajo indaga sobre uno de los sustentos ideológicos del peronismo, la llamada *Tercera posición* que fundamentaba los aspectos internacionales del régimen. Basada en una supuesta concepción nacionalista latina y católica, la doctrina esperaba construir un campo dentro de las posiciones antagónicas del occidentalismo anglosajón y protestante por un lado, y el comunismo soviético por el otro. Si bien esta visión puede rastrearse en postulados previos al propio desenlace de la contienda armada de la Segunda Guerra, el peronismo comenzó su intento de expansión a partir de los años cincuenta, cuando el bipolarismo cada vez acumulaba más adeptos. Es por ello que, más allá de algunos intentos de mantenerse “equidistantes” e “independientes” de la tensión de la Guerra Fría, la concepción hecha bandera del peronismo fue debilitándose y perdiendo más adeptos y simpatizantes, especialmente en los países occidentales cada vez más alineados con los EE.UU. quien siempre fustigó la concepción peronista de las relaciones internacionales.

Palabras claves: peronismo – tercera posición – nacionalismo – bipolarismo – Guerra Fría – Argentina.

Abstract

This paper investigates one of the ideological livelihoods of the Peronism, the so-called Third position based international aspects of the regime. Based on a supposed latin nationalist and catholic conception opposite to the western Anglo-Saxon and Protestant on the one hand, and Soviet communism on the other. While

177. Messersmith to Secretary of State, 15 de junio de 1946, Secret, 711.35/6-1546, Foreign Relations of United States, 1946, The American Republics, Vol. XI, p. 256.

this vision can be traced back to one's prior assumptions on the outcome of the II War, the Peronism began its attempt to expansion from the fifty's, when bipolarism accumulating ever more followers. That is why, beyond a few attempts to remain "equidistant" and "independent" of the tension of the Cold War, the concept of peronism itself was becoming weaker and losing each time more followers and sympathizers, especially in Western countries each increasingly aligned with the U.S. who had always criticized the Peronist conception of the international relations.

Keywords: Peronists - third position - nationalism - bipolarism - Cold War - Argentina.